

PUNTO ROJO

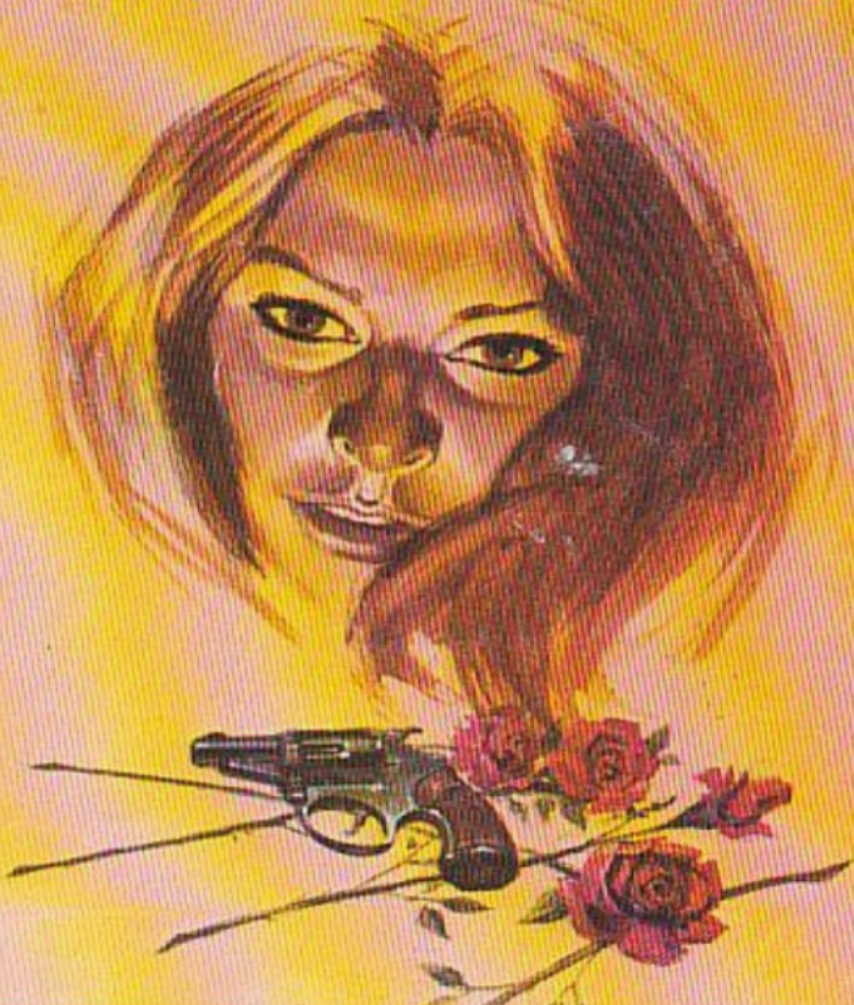
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**ROSAS
Y BALAS**

Clark Carrados



PUNTO ROJO

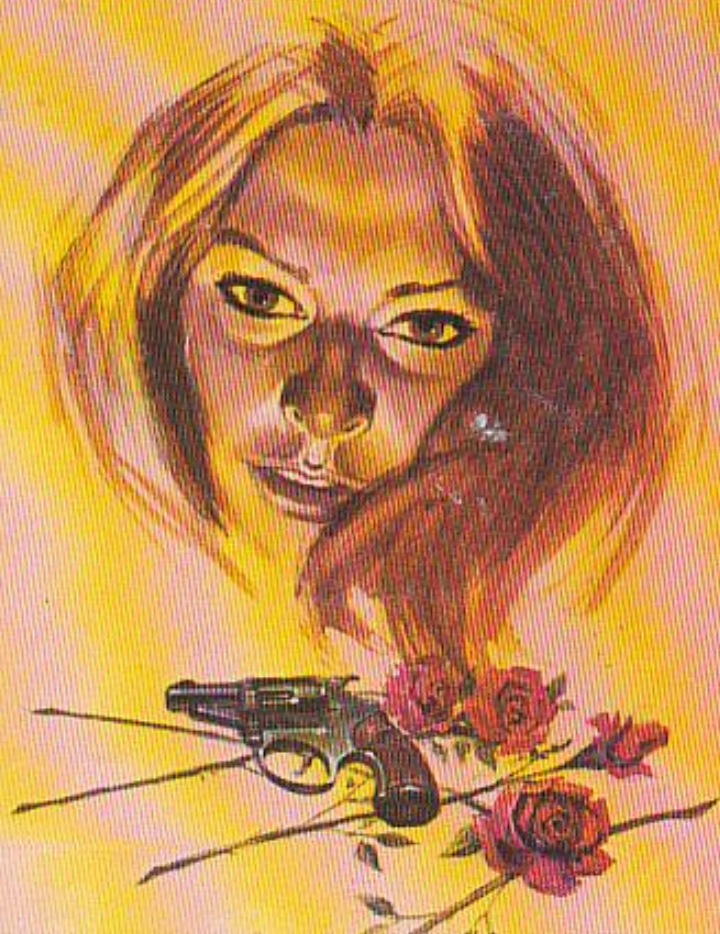
**BRU
GUE
RA**

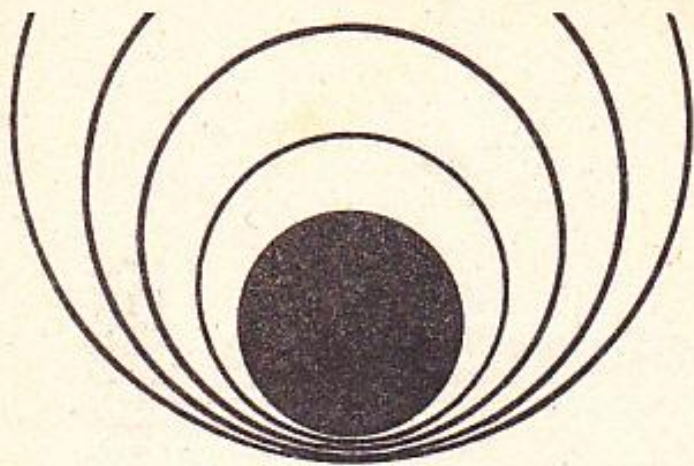
BOLSILIBROS

T POLICIACO

**ROSAS
Y BALAS**

Clark Carrados





PUNTO ROJO





CLARK CARRADOS

ROSAS Y BALAS

Colección PUNTO ROJO n.º 1.114 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.861 — Dura lección a un pistolero.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.706 — Rosas para una tumba vacía.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.111 — El crimen no es un buen negocio.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 26.254-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición en España: setiembre, 1983 1.* edición en América:
marzo, 1984

© Clark Carrados - 1983

texto

© Sampere - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.
A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

El hombre que llevaba el ramo de rosas, de color rojo vivo, enorme, se detuvo ante la puerta de un lujoso apartamento y tocó el timbre.

Alguien atisbo a través de la mirilla. Luego se abrió la puerta y apareció una mujer de mediana edad, elegantemente vestida, que contempló al repartidor con interés y algo de recelo.

—¿Señora Winter?

—Sí, soy yo —contestó ella.

El repartidor consultó la dirección escrita en el sobre adherido al ramo de flores.

—Señora Pamela Winter, calle...

—Es aquí, no hay dudas —dijo ella—. ¿Quién me envía las flores?

—Lo siento, señora; yo soy solamente el repartidor de la floristería. ¿Quiere firmar el recibo, por favor?

Con la mano izquierda, le ofreció un cuadernito para que firmase. Ella lo hizo y luego tomó un bolso que había encima de una consola, del que sacó un billete de dos dólares.

—Mil gracias, señora —dijo el repartidor, a la vez que se hacía el intercambio de la propina por las flores.

La señora Winter se sentía muy intrigada por conocer el nombre de la persona que le enviaba las flores. Pero las rosas eran muy hermosas y antes de abrir el sobre, decidió disfrutar un poco de su aroma y hundió el rostro en aquella masa de pétalos de color de sangre.

Casi en el mismo instante, se oyó una seca detonación.

La señora Winter no tuvo tiempo de gritar. Su cuerpo se estremeció terriblemente, a la vez que sus manos, bruscamente sin fuerza, dejaban caer el ramo de rosas.

Entonces apareció su rostro, cubierto de sangre. Había abierto la boca, pero no podía emitir ningún sonido. Estuvo unos instantes en pie y luego se derrumbó al suelo sin hacer ya el menor movimiento, fulminada por el proyectil que había salido misteriosamente de alguna

parte del ramo de rosas.

El estruendo de la detonación llegó a la calle muy atenuada. Una furgoneta comercial arrancaba en aquel momento y se perdió de vista, antes de que nadie tuviera tiempo de preguntarse por el origen del estampido.

* * *

Cuando llamaron a la puerta, Edgar Hann estaba muy ocupado y apenas si se dio cuenta del sonido. El hombre que había pulsado el timbre tuvo que repetir la llamada para que Hann saliera de su abstracción y se dispusiera a abrir.

Con las gafas de lectura todavía cabalgando sobre su nariz, Hann cruzó la sala, llegó al pequeño vestíbulo y abrió la puerta. Casi respingó al ver el enorme ramo de rosas que

sostenía un sujeto con una ropa de color claro y aire vagamente de uniforme militar.

El hombre pareció sorprenderse también al ver a un joven en el umbral.

—Señora Fremont... —dijo.

Hann sonrió.

—Sí, aquí es, pero...

—Tome, tenga la bondad de entregarle estas rosas —dijo el repartidor.

Y puso las flores en las manos de Hann, antes de que éste, asombrado, pudiera formular la menor objeción.

—Oiga, ¿quién envía estas flores? —preguntó Hann.

—Lo siento, señor; yo soy solamente el repartidor... Buenos días, señor.

Hann se sintió un tanto perplejo. El repartidor, un hombre alto, fornido, muy rubio, llevaba unas grandes gafas de vidrios amarillentos, que casi parecían una máscara.

Apenas puso las flores en manos del joven, dio media vuelta y se encaminó hacia la furgoneta de reparto que se hallaba estacionada junto a la acera.

Era un vehículo de color amarillo vivo, con una inscripción en el costado visible desde la casa. Hann se fijó en el nombre de la tienda de flores: Symangh. Luego cerró la puerta.

La destinataria de las flores no se hallaba en casa en aquellos momentos. Hann pensó que un ramo de rosas rojas serían un agradable complemento decorativo y se dispuso a cuidarlas debidamente.

En aquellos instantes no tenía un jarrón a mano y decidió buscar uno. Para ello debía dejar el ramo sobre una consola, cerca de la cual se hallaba un pequeño bar, bien provisto. Hann puso el ramo horizontal, de modo que las rosas no sufrieran daños y, apenas lo había hecho, oyó un fuerte estampido.

Un gran número de pétalos de rosas volaron por los aires, a la vez que se extendía por la estancia una nube de humo azulado. Al mismo tiempo, saltaron por los aires, hechas pedazos, varias botellas de la estantería del bar.

Hann, atónito, no pudo evitar dar un salto. La cosa que había salido del ramo de flores, ahora hecho una ruina, había seguido una trayectoria prácticamente horizontal, destro-zando cuatro o cinco botellas, para ir a incrustarse definitivamente en una pared próxima.

Estupefacto, pero también irritado, Hann se preguntó qué clase de admirador tenía su tía Clara Fremont.

Al cabo de unos segundos, empezó a reaccionar y se propuso averiguar las causas de aquel misterioso fenómeno. Quitó primero el papel de plata que envolvía la base del ramo y luego, con ayuda de unas tijeras, cortó la cuerda que unía los tallos de las rosas.

El ramo se deshizo y entonces vio algo que le hizo sentir un asombro infinito.

Había allí un tubo de metal, parecido vagamente a una anticuada pluma estilográfica, cerrado por uno de sus extremos, junto al cual se veía adosado un extraño mecanismo.

Hann tomó con dos dedos el tubo y olisqueó el orificio, del que todavía se desprendía un fuerte olor a pólvora quemada.

—Esto parece una pluma-pistola —masculló.

Y, en el mismo momento, captó el estridor de una sirena, que

umentaba rápidamente de volumen. Entonces supo que alguien había oído el estampido y, alarmado, había avisado a la policía.

Dejando todo tal como estaba, se dispuso a recibir la visita de los representantes de la

ley.

* * *

La chica era alta, espigada, de pelo castaño dorado, muy corto, pero agradablemente peinada. Vestía un sencillo traje estampado, de manga corta, que ponía de relieve los innegables atractivos de una figura muy bien construida por la naturaleza.

Edgar Hann la vio e inmediatamente se sintió atraído hacia ella. No era, sin embargo, un conquistador profesional, por lo que, en el primer momento, se abstuvo de dirigirle una sola palabra. Ella parecía muy ocupada en buscar algo, con la cabeza levantada hacia el edificio junto al cual se hallaba, y Hann se situó a su lado.

Levantó la cabeza también, pero en un ángulo más pronunciado, mirando al cielo. La chica no parecía haberse dado cuenta de su presencia.

Un transeúnte vio a dos personas mirando hacia arriba y se paró para ver qué había en las alturas. A los pocos segundos, se detuvieron dos personas más, hombre y mujer.

Tres chiquillos se pararon también y empezaron a mirar hacia arriba. Hann mantenía una expresión de seriedad absoluta.

Treinta segundos más tarde se habían congregado allí unas veinticinco o treinta personas. La aglomeración empezó a ser evidente y llegó corriendo un agente de policía, uniformado, para averiguar qué sucedía.

—¿Hay algún suicida allá arriba? —preguntó.

La chica, entonces, pareció salir de su abstracción y se percató de que no estaba sola.

Inmediatamente, se puso colorada.

Miró a Hann y le vio sonreír. Ella creyó adivinar lo ocurrido y frunció el ceño.

—No ha tenido ninguna gracia —dijo.

—Toda la tiene usted, señorita —contestó Hann galantemente.

El guardia se les acercó.

—¿Qué pasa allá arriba? ¿Sucedo algo?

—Hay un nido de golondrinas —respondió Hann.

—¿Un nido de...? ¿Se ve desde aquí abajo? —preguntó el policía, perplejo, porque el final del edificio se hallaba casi a cuarenta pisos de la calle.

—Si uno se fija un poco, sí, señor; se ve...

Hann se interrumpió bruscamente, porque la chica había dado media vuelta y se alejaba con paso rápido.

Suspiró. Una ocasión perdida. Le habría gustado tanto entablar conversación con ella, pasear juntos... En aquellos momentos, no tenía nada que hacer y el día era espléndido.

Regresó a su coche mientras la multitud se espesaba más y más, tratando de ver un inexistente nido de golondrinas. Dio el contacto, arrancó y se separó de la acera.

A los pocos momentos volvió a verla. Ella caminaba con paso fácil, pero no hombruno.

En la mano izquierda llevaba un bolso de cuero blanco.

Súbitamente un coche se acercó a la acera justo delante del que conducía Hann. Este vio una mano asomar por la ventanilla de la derecha y agarrar la correa del bolso.

Inmediatamente supo lo que iba a suceder. Entonces, casi anticipándose a los ladronzuelos, ejecutó una maniobra arriesgada.

Pisó el acelerador a fondo, se desvió a la izquierda y adelantó al otro coche justo cuando su conductor se disponía a salir de estampía, mientras la chica gritaba frenéticamente por haber sido desposeída de su bolso. Un segundo más tarde, Hann golpeó el volante hacia la derecha, a la vez que pisaba el freno, cortando así el paso al coche de los ladrones.

Antes de que éstos pudieran reaccionar se apeó. El conductor del otro

coche saltó también fuera con una navaja en la mano y los ojos llenos de un ansia homicida.

Hann lo esperó a pie firme. Era un chico joven, de no más de veinte años, con la cara llena de granos. Había una expresión rara en sus pupilas.

«Síndrome de abstinencia de drogas», pensó.

La navaja buscó su cuerpo. Hann desvió el golpe con el antebrazo izquierdo. Luego disparó el puño derecho y alcanzó de lleno una mandíbula. El chico se desplomó fulminado.

Luego se dispuso a enfrentarse con el otro. Entonces presenció una escena asombrosa.

No era un ladrón, sino una ladrona, una chica de pelo lacio, largo, desastrada y con lentes. Pero su expresión era terriblemente hostil al enfrentarse con la dueña del bolso.

La ladrona tenía también una navaja. Hann temió por la integridad de la víctima, pero muy pronto supo que sus temores eran infundados.

El pie derecho de la joven robada se movió relampagueantemente y la navaja saltó por los aires. La ladrona chilló y dijo una obscenidad. Entonces, la chica cerró los dedos de la mano y disparó un certero derechazo contra el mentón de la otra.

Unos lentes de cerco de acero saltaron por los aires. La ladrona dio media vuelta, chocó contra el automóvil y se desplomó al suelo.

Hann aplaudió fuertemente.

—¡Bravo, bravo! ¡Bis, bis! —exclamó.

La chica le miró sonriente con la respiración un tanto alterada.

—No puedo repetir; ella no está en condiciones de colaborar en la representación —

dijo.

Se inclinó un instante y recuperó el bolso. La gente corría ya hacia aquel lugar. Hann rodeó el coche de los ladrones y se acercó a la muchacha.

—No ha sufrido más daños, supongo —dijo.

—Estoy perfectamente, gracias a usted —respondió ella—. No sé cómo agradecerle lo que ha hecho en mi favor; con franqueza, ya daba mi bolso por perdido...

Un coche de patrulla se acercó a toda velocidad, con gran alboroto de luces y sirenas.

Hann sonrió a la joven.

—Tendremos que explicar lo sucedido —dijo—. A propósito, me llamo Edgar Hann.

—Janet Ibsum —contestó ella—. Encantada, señor Hann.

—En mi vida he tenido una sensación tan agradable —declaró él cálidamente—. Janet, desde ahora le digo que es la mujer de mi vida y que deseo casarme con usted.

Ella se quedó parada, llena de perplejidad por aquella inesperada declaración de amor fulminante. Luego, sonriendo, meneó la cabeza y dijo;

—Lo siento, Edgar, pero ya estoy comprometida con otro y voy a casarme dentro de un

par de semanas.

Hann no pudo decir nada más, porque los policías llegaron en aquel momento y era preciso explicarles lo que había ocurrido.

CAPITULO II

Llegó a su casa, se sentó junto a la mesita del teléfono, marcó un número y esperó un rato. Hablar con Roma no era nada fácil y era allí donde residía eventualmente la destinataria del ramo de flores provisto de una pluma-pistola.

Al cabo de casi un minuto, oyó una voz de hombre. Era el recepcionista del hotel y Hann pidió le pusieran con la señora Clara Fremont. Tuvo que esperar otro poco antes de captar la voz de la señora Fremont.

—Edgar, hijo, ¿qué te ocurre? —preguntó ella.

—Tía Clara, ¿tienes enemigos?

La señora Fremont respingó en Roma.

—¿Enemigos yo? ¿Por qué lo dices, Edgar?

—Alguien quiso matarte, ignorante de que estabas fuera del país. No me preguntes más, porque no quiero darte más detalles por teléfono, pero, dime, ¿has hecho daño a alguien? ¿Existe alguna persona que desee saldar cuentas contigo?

—No, Edgar. ¡Qué cosas dices! ¿Cómo se te ha podido ocurrir algo tan absurdo?

Siempre he sido una mujer pacífica... Por el amor de Dios, tú me conoces demasiado bien.

¿De dónde has sacado semejante insensatez?

—Tía, te aseguro que esto no es una fantasía mía. Es mucho más serio de lo que parece... —De repente, Hann concibió una idea—. Por casualidad, ¿conoces a Pamela Winter?

Al joven le pareció que su tía Clara tardaba en contestarle más de lo debido. ¿Vacilaba en darle la respuesta deseada?

—Sí, la conozco, pero superficialmente —dijo Clara por fin—. ¿Qué le pasa?

—Fue asesinada hace una semana.

Clara lanzó una exclamación de horror.

—¡Dios mío! Es espantoso... Pobre Pamela, ¿quién lo iba a decir?

—Y si tú no hubieras estado en Roma, habrías muerto hace dos días —añadió el joven.

—Me..., me parece imposible... ¿Quién iba a querer matarme? Yo no tengo enemigos...

Nuevamente presintió Hann una nota falsa en la voz de su tía. Pero eran miles de kilómetros de distancia los que les separaban y, por desgracia, no podía estudiar la expresión de su rostro, para establecer unas conclusiones que le permitieran descifrar un extraño enigma.

—Está bien —dijo al cabo—. De todos modos, cuídate y procura divertirte. No tengas prisa en volver a casa, tía. Y, a propósito, ¿no has hecho aún ninguna conquista?

Al otro lado de la línea sonó una risita.

—Edgar, hijito, tengo ya demasiados años para impresionar a los hombres —contestó la señora Fremont—. Y, por otra parte, no me gusta hacer el ridículo...

Hann se despidió de su tía y colgó el teléfono. Durante unos segundos permaneció pensativo, tratando de averiguar qué había de cierto o de falso en las palabras de la señora Fremont.

Ella, desde luego, no había sido sincera. ¿Qué era lo que tenía que ocultar? ¿Había algún episodio oscuro en su vida, que no deseaba se hiciera público?

Súbitamente, tuvo una inspiración y chasqueó los dedos.

—Ya sé cómo averiguarlo —dijo a media voz.

Había permanecido mucho tiempo ausente de la ciudad, pero, en ocasiones, venía a pasar alguna temporada con su tía y conocía a muchas de sus amistades. Con cierta regularidad, Clara Fremont se reunía con un pequeño grupo de amigas de su misma o aproximada edad, a jugar unas partidas de cartas y a criticar a los demás. Eran, en general, un grupo de amigas íntimas y alguna de ellas, recordaba sus nombres perfectamente, podría darle detalles sobre lo ocurrido.

Y más aún, si tenía en cuenta que había visto a Pamela Winter en varias ocasiones en su casa, formando parte del grupo. Sí, alguna tenía que saber lo que sucedía.

Sólo faltaba dar con la persona adecuada y tiempo no le apuraba en absoluto.

Aquello le tranquilizó un tanto y se dispuso a tomarse una copa. Entonces, a través de la ventana, vio a Janet Ibsen.

El corazón se le paró unos instantes. La chica acababa de desembarcar de su coche, frente a su casa.

—Debía de bromear —dijo—. No está prometida y ahora...

Janet cruzó la acera y luego caminó a lo largo del sendero que dividía en dos mitades el césped que había delante... de la casa de al lado.

Hann se quedó con la boca abierta. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, vio que se abría la puerta de la otra casa.

Un hombre apareció en el umbral con la sonrisa en los labios. Janet corrió hacia él, se colgó de su cuello y le besó cálidamente.

Hann se sintió de pronto muy triste.

—Era cierto, se va a casar con otro —murmuró.

Decepcionado, corrió las cortinas y se sirvió una copa de vino. Pero el vino le supo a cenizas amargas.

Al cabo de unos momentos, reaccionó.

—Vamos, muchacho, el mundo no se acaba porque una joven encantadora vaya a casarse con otro —dijo, a la vez que sacaba el pecho—. Tienes que hacer algo y, cuanto antes empieces, será mejor.

Buscó papel y lápiz y trató de recordar los nombres de las amigas de su tía. Al fin, escribió unos cuantos y, al terminar, repasó la lista.

No sabía dónde vivían, pero era fácil de averiguar, por medio de la guía de teléfonos. Al cabo de unos momentos, ya tenía cinco domicilios anotados.

El primer nombre de la lista era Amanda Mortimer y resolvió visitarla sin pérdida de tiempo.

* * *

El hombre llamó a la puerta y esperó unos momentos. Al fin, la dueña de la casa abrió y le miró con curiosidad.

—¿Señora Mortimer?

—Sí, yo soy...

—Me han entregado estas rosas para usted. ¿Quiere firmar el recibo?

Amanda vaciló unos instantes. De pronto, recordó lo que le había ocurrido días antes a una buena amiga suya.

—No quiero flores —contestó, desabrida.

—Señora, tengo que entregárselas...

—¡Váyase al infierno con sus malditas rosas! —gritó ella descompuesta.

Y quiso cerrar, pero el pie del repartidor fue más rápido y bloqueó la puerta. Luego cargó con el hombro y la abrió de golpe.

Amanda, aterrada, intentó huir, a la vez que chillaba frenéticamente. El repartidor puso horizontal el ramo de flores y luego hizo algo con la mano derecha.

Las rosas volaron en pedazos, a la vez que se percibía una seca detonación. Amanda sintió un vivísimo dolor en el centro de la espalda, pero todavía pudo correr unos cuantos pasos antes de caer de bruces al suelo.

Arañó el «parquet» con sus últimos movimientos. Gimió al sentir que iba a morir.

El repartidor de la floristería se marchó corriendo. Nadie pudo detenerle, porque los que habían oído el estampido reaccionaron demasiado tarde.

* * *

Hann detuvo su coche en las inmediaciones de la residencia de Amanda Mortimer y se sorprendió enormemente al ver varios vehículos policiales y una ambulancia. Cuando se apeó vio a dos sanitarios que salían de la casa portando una camilla cubierta con una sábana blanca.

Inmediatamente presintió lo ocurrido. Dudó unos momentos, pero luego se acercó a uno de los policías.

—¿Qué ha pasado? —inquirió.

Sabía perfectamente que era una pregunta innecesaria, pero quería confirmar sus sospechas. El guardia se volvió.

—Han asesinado a la dueña de la casa, es todo lo que puedo decirle, señor.

—¿Amanda Mortimer?

—Sí... Oiga, ¿la conocía usted?

—Un poco...

El guardia agitó la mano. Un hombre de paisano se acercó en el acto.

—¿Sí, Duke?

—Teniente, este caballero dice que conocía a la víctima.

El policía fijó la vista en Hann.

—Su nombre, señor, por favor...

—Edgar Hann. Yo también recibí hace días un ramo de rosas, con una pistola en su interior, teniente.

—¡Hann! Claro, ahora recuerdo... Perdone, soy el teniente Stevens. Yo no fui a su casa, porque estaba ocupado... Mi ayudante, el sargento Hubert, le interrogó...

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Teniente, ¿puedo saber qué le ha pasado a la señora Mortimer?

Stevens hizo un gesto de cansancio.

—Otro ramo de rosas, con un tubo-pistola dentro —contestó—. Pero ahora, la cosa ha sido un poco distinta.

—El asesino usó una pistola normal —dijo Hann.

—No —contradijo Stevens—. Ella sí abrió al repartidor, pero receló algo y trató de huir.

Entonces, el asesino disparó el tubo que había escondido entre las rosas. La señora Mortimer murió casi instantáneamente.

—Es horrible —murmuró Hann—. No comprendo por qué quieren asesinar a unas mujeres de edad un tanto madura, que no son

precisamente elementos del hampa...

—Las dos víctimas tenían una cosa en común: viudas y dueñas de una saneada fortuna.

Yo supongo que alguien trató de hacerles un chantaje o, simplemente, extorsionarles para sacarles algo de dinero. Se negaron y, como represalia, el chantajista decidió asesinarlas.

Hann pensó que no le convenía dar más detalles. Ciertamente, la policía ya sabía que su tía también había sufrido un intento de asesinato, por fortuna frustrado, pero le disgustaba pensar que había algo turbio en el pasado de una mujer a la que quería sinceramente.

—Usted venía a visitar a la señora Mortimer —añadió Stevens—. ¿Le importaría decirme qué tenía que hablar con ella?

Era una pregunta un tanto comprometida, pero Hann no demoró mucho la respuesta.

—Ayer hablé con mi tía, la señora Fremont, actualmente de vacaciones en Roma —

dijo—. Me encargó saludara a la señora Mortimer en su nombre y que le dijera le traería el «souvenir» que ella le había encargado cuando fuese a Italia. Eso es todo lo que sé, teniente.

Stevens hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias, señor Hann.

—A usted, teniente.

Hann volvió a su coche, profundamente preocupado. El asesino de las rosas rojas había cometido ya su segundo crimen.

«Debía haber sido el tercero —pensó—. Si su tía no hubiera estado en Roma...»

De pronto, recordó algo y agitó la mano. Stevens acudió en el acto.

—Señor Hann...

—Escuche, teniente; cuando yo recibí el ramo de rosas destinado para mi tía, la señora Fremont, pude ver el nombre de la floristería, en el costado de la furgoneta de reparto. Lo recuerdo muy bien, era la floristería Symangh...

Stevens alzó una mano.

—Gracias, pero lo siento mucho —dijo—. Hemos investigado a fondo y puedo asegurarle que no existe tal tienda de flores en la ciudad.

—Un nombre falso, ¿eh?

—Ciertamente, señor Hann.

* * *

Cuando aquella tarde llamaron a la puerta. Hann pensó primeramente en otro ramo de rosas. Pero después de examinar al inesperado visitante a través de la mirilla, llegó a la conclusión de que no era precisamente el repartidor de una floristería.

Abrió. El rostro del chico le pareció conocido.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Usted es Edgar Hann —dijo el joven de la cara llena de granos.

—Sí... Ah, ahora te recuerdo. Tú conducías el coche... Caramba, quisiste pegarme un navajazo...

—Estaba furioso —admitió el visitante—. Ah, por cierto, me llamo Billy Clever. ¿Puedo hablar un momento con usted?

Hann se echó a un lado.

—Entra, pero recuerda lo que te pasó cuando intentaste atacarme —dijo.

—He venido en son de paz —confesó Clever—. Y, aunque le parezca raro, a darle las gracias por no haber presentado ninguna denuncia contra mí ni contra mi chica.

—Bueno, no iba a conseguir gran cosa. Habrías estado un par de meses en «chirona» y luego, al salir, hubieras vuelto a las andadas. Billy, tarde o temprano, te encontrarás con un policía de gatillo fácil... Sí, luego habrá escándalo y censuras, «pobre chico, tan joven, no tenía porqué pegarle un tiro, los policías se creen los amos del mundo...», pero tú estarías ya bajo seis pies de tierra y no te afectarían para nada las críticas o comentarios de la gente. En fin, tu futuro es cosa tuya... ¿Quieres tomar algo? ¿Café?

—Café, gracias. Y quiero decirle una cosa: era la primera vez que

Milly y yo hacíamos algo semejante.

Hann miró con fijeza a su visitante. Luego agitó una mano.

—Espera, voy a hacer el café; seguiremos hablando dentro de un par de minutos —dijo.

CAPITULO III

Clever vació su taza y se limpió los labios con una servilleta de papel. Luego dijo:

—Mi chica... Bueno, Milly y yo, teníamos ciertos planes, pero nos faltaba «pasta». Milly y yo habíamos estado en el banco aquella mañana y comprobamos el saldo de nuestra cuenta. Entre los dos, no reuníamos ni cien «pavos», cantidad absolutamente insuficiente para nuestros propósitos. Ni siquiera teníamos bastante para dar una entrada, comprar a crédito y pagar luego a plazos...

«Este chico ha venido a pedirme dinero», pensó Hann inmediatamente. Pero no se quiso precipitar; era preciso saber todo lo que Clever tenía que decirle.

—Sigue, por favor, Billy.

—Bueno, entonces fue cuando vimos a la chica del bolso blanco. Ella estaba en la ventanilla de caja y había entregado un cheque. El cajero le pagó diez mil dólares, de modo que Milly y yo lo pensamos casi al mismo tiempo.

Hann arqueó las cejas.

—¿Diez mil dólares... en efectivo? —se asombró.

—Cien billetes de a cien dólares —puntualizó Clever—. Oiga, Milly y yo vimos esa cantidad de «pasta» y figúrese las ideas que pasaron por nuestras mentes. La de cosas que podríamos hacer...

—Sí, sobre todo, «viajar» y sin necesidad de mover siquiera los pies —dijo Hann sarcásticamente.

—Oh, no, en absoluto; Milly y yo no somos aficionados a las drogas. Ni siquiera fumamos tabaco corriente... Bueno, alguna copa de cuando en cuando, pero no abusamos. Somos más bien naturistas, amigos de lo natural, aunque tampoco lo llevamos a sus últimas consecuencias. A veces, una copa sienta bien; eso es todo.

Hann se desconcertó.

—Pero yo pensé... Te brillaban los ojos, tenías una navaja en la mano...

—La verdad es que me puse muy furioso. Usted, en unos segundos, había destruido todas nuestras ilusiones... Por supuesto, algún día, y anónimamente, claro, habríamos devuelto el dinero a su propietaria... pero hay ciertos aparatos que cuestan muy caros...

Además, un poco de lanzamiento publicitario previo nos habría favorecido muchísimo y eso también cuesta «pasta»...

—Billy, te aseguro que no entiendo nada en absoluto. ¿De qué diablos estás hablando?

—Verá, Milly y yo somos un dúo.

—No sois tres, a menos que más adelante... ¿eh? Tú ya me entiendes; si hacéis el amor...

—Por ahora, no hay indicios —se sonrojó el chico—. Bueno, abreviando; ella y yo constituimos el dúo que se llamará Milly & Billy. Las damas primero, claro.

—¿Un dúo... de cantantes?

—Sí, de lo que nosotros llamamos «neorock». Así, entre amigos y en la Universidad, hemos dado algunos recítales con bastante éxito, pero nos falta la prueba definitiva; la que puede enviarnos a la cima o hundirnos. Un buen equipo cuesta un ojo de la cara y

nosotros pensamos... —Clever bajó la cabeza—. En fin, usted reventó la burbuja... Ya sabe, los sueños...

Hann contuvo una sonrisa. Sí, los diez mil dólares habrían venido muy bien a la pareja, aunque, desde luego, el procedimiento para conseguir el dinero no tenía nada de ético.

Pero sentía una viva simpatía hacia el chico y decidió que merecía la pena ayudarle un poco.

—Billy, a mí me gustaría comprarte uno de esos equipos, pero mi fortuna personal no alcanza a tanto —dijo—. Sin embargo, tengo entendido que se alquilan instrumentos, mi-crófonos, altavoces... ¿Con cuánto podrías arreglarte?

Los ojos de Clever se dilataron.

—¿Habla en serio, señor Hann?

El joven asintió.

—Voy a comprar unas acciones de la sociedad Milly & Billy. Puedo invertir hasta mil dólares, en concepto de préstamo. Y tengo el presentimiento de que llegaréis a la cima.

¿Aceptas mi participación en la empresa?

Clever dio un salto de alegría.

—Señor Hann, no sé qué decirle...

—No digas nada y procura triunfar. Y cuando deis vuestro primer concierto en público, avísame —respondió Hann.

Momentos después, Clever se marchaba con un cheque de mil dólares en el bolsillo. El chico se sentía tan contento, que no pudo reprimir su alegría y dio unas cuantas volteretas en el jardín antes de embarcar en el coche que había dejado junto a la acera y en el cual le esperaba la muchacha.

Desde la ventana, Hann le vio enseñar el cheque a Milly. Ella le abrazó fuertemente.

Luego miró hacia la casa y agitó una mano. Hann correspondió con otro ademán idéntico.

Los dos jóvenes se marcharon. Hann quedó en el mismo sitio, sumamente pensativo.

¿Por qué diablos había tenido que sacar Janet diez mil dólares en efectivo del banco?

Al cabo de un rato, vio al prometido de Janet, quien salía de su casa, con un portafolios en la mano. Era un hombre alto, de aspecto distinguido, de unos treinta y cinco años, pero su rostro le pareció duro, poco amistoso, a pesar de que era bastante atractivo.

Se encogió de hombros.

—Es problema de Janet —murmuró.

Y volvió a aplicarse a su trabajo.

* * *

Pero había también otras cosas que preocupaban a Hann, y una de ellas eran los misteriosos crímenes que se habían cometido con la colaboración de un enorme ramo de rosas. ¿Por qué habían tenido que

morir dos mujeres de mediana edad y de buena posición económica?

Realmente, deberían haber sido tres. Clara Fremont también tenía que estar muerta, pero se había salvado debido a sus vacaciones en Italia. ¿Quién y por qué deseaba la muerte de aquellas tres mujeres?

Había escrito unos cuantos nombres en un papel y lo relejó cuidadosamente. Dos de ellos estaban borrados; eran los de las víctimas. Se preguntó si resultaría conveniente una visita a una de las damas citadas en la lista.

La primera era una tal Harriet Booker. La conocía algo, sólo superficialmente, y sabía que tenía bastante dinero, viuda prematura y sin otro trabajo en este mundo que dedicarse a pasarlo lo mejor posible. Había visto a Harriet más de una vez en casa de su tía y decidió empezar por ella.

Media hora más tarde llamaba a la puerta de un lujoso apartamento. La dueña tardó un poco en abrir y, antes de hacerlo, escrutó cuidadosamente al visitante.

Al fin, tranquilizada, abrió y dirigió al joven una sonrisa de circunstancias.

—Tú eres Edgar Hann, el sobrino de Clara —dijo.

—Sí, señora. ¿Puedo hablar unos minutos con usted?

—¿Ahora? Estoy... ocupada...

Hann se fijó en la indumentaria de Harriet, una simple bata larga, que cubría un cuerpo que había tenido muchos atractivos en el pasado y que aún podía resultar interesante según para qué clase de hombres. Vio que estaba despeinada y que tenía ligeramente corrido el carmín de los labios, y no tardó mucho en deducir la ocupación tan interesante a que estaba entregada la mujer.

«Dinero de sobra, todo el tiempo libre, un joven pobre...», pensó.

Elevó la voz:

—Sólo serán unos minutos —dijo—. Por favor...

—Está bien, entra. Pero no te demores demasiado, Edgar.

—Descuide, señora Hooker.

Harriet cerró la puerta y se quedó frente al joven sin invitarle a sentarse siquiera.

Durante unos segundos, Hann se sintió incómodo. A fin de cuentas, ¿qué diablos le importaban a él los problemas de unas mujeres maduras y sobradas de dinero?

Pero alguien había querido asesinar a su tía y no podía permitir que el asesino consiguiera sus propósitos cuando ella regresara de Europa.

—Señora Harriet, usted ya sabe que dos de sus amigas han muerto asesinadas —dijo.

Ella se puso rígida en el acto.

—No sé nada —contestó.

—Mi tía Clara también habría debido de morir, pero se salvó porque está en Italia.

—Sí, lo sé; precisamente hace tres días recibí una postal de ella...

—¿Tiene usted alguna idea de los motivos del asesino, señora Booker?

Harriet negó con enérgicos movimientos de cabeza, que al joven le parecieron poco sinceros.

—No, no sé nada... Algún maníaco...

—En todo caso, un tipo muy extraño, porque, hasta ahora, sólo ha atacado a mujeres de un mismo círculo, bastante reducido, por cierto. ¿De veras no sabe nada?

Ella insistió en sus negativas. Hann vio que estaba muy pálida.

«Miente», dedujo en el acto.

Pero no podía obligarla a hablar y, por otra parte, no era la única del grupo.

Quizá otra se mostraría más comunicativa...

—Gracias, de todos modos —dijo, con una sonrisa de circunstancias—, Señora Booker, le

ruego me perdone el tiempo que la he hecho perder.

—No te preocupes, Edgar. Me alegra mucho haberte saludado.

Hann se dispuso a marcharse. De pronto reparó en algo que no había advertido hasta entonces.

Había una cartera de mano, de cuero, muy lujosa, dejada descuidadamente sobre una silla, junto a la entrada. Sí, sus sospechas eran ciertas; Harriet tenía un visitante.

Miró a la mujer y sonrió. Ella hizo una mueca.

—Supongo que una tiene derecho a un poco de expansión, de cuando en cuando —

murmuró.

Hann hizo un amplio gesto con la mano.

—Nadie puede negarnos ese derecho, señora Booker —se despidió.

CAPITULO IV

El apartamento de Harriet estaba situado en un edificio caro. En la planta baja había algunas tiendas de lujo y una cafetería. Al salir, Hann dobló a su derecha y pasó por delante de una «boutique» de ropas de señora. Entonces creyó ver una cara conocida.

Sí, era Janet y estaba examinando algunas prendas de lencería íntima. El joven decidió aguardar y la abordó unos minutos más tarde, cuando ella salía con un par de paquetes en la mano.

—Si necesita un esclavo que la ayude a llevar tan pesada carga, aquí me tiene —dijo jovialmente.

Janet le miró con ojos chispeantes.

—No me gustaría ser la causa de una lesión en su columna vertebral —contestó.

—Creo que resistirá. ¿Probamos a ver si puedo llegar hasta la cafetería de al lado?

—¿Debo aceptar su invitación, Edgar?

—Es totalmente honesta. No la invito a un lugar solitario, precisamente.

—Está bien. Tome, Edgar...

Hann cargó con los paquetes, nada voluminosos y muy ligeros, pero hizo un gesto como si resultasen enormemente pesados.

—¿Ha comprado ropa interior de plomo?

Janet lanzó una espontánea carcajada.

—Apostaría algo a que le gustaría verla —dijo.

—Está expuesta en el escaparate.

—Yo me refería a una vez puesta...

—No me provoque —rió él—. ¿A quién no le gustaría una cosa así?

Ella le dirigió una mirada maliciosa.

—No olvide que estoy prometida y que no debe intentar conquistarme —dijo.

—No es pecado tener como amigo al hombre que la salvó días atrás de un grave apuro.

—Eso es muy cierto —convino Janet—. Y le aseguro que nunca lo olvidaré, Edgar.

Momentos después estaban sentados ante una mesa. Janet pidió café y Hann un whisky. Luego dijo:

—Tengo que darle una noticia: hoy ha estado a verme el ladrón.

—No me diga —se asombró la muchacha—. ¿El chico que quiso apuñalarle porque usted había frustrado el robo?

—Sí, y además, le he prestado mil dólares.

—¡Increíble! —dijo Janet—. De modo que ese desvergonzado quiso matarle y hoy va usted y, encima, le da dinero... ¿Está bien de la cabeza, Edgar?

—Puede que yo sea demasiado crédulo y me haya tragado sin dificultad una fábula, pero, sinceramente, creo que Billy Clever era sincero.

—Ah, se llama así...

—En efecto. La chica se llama Milly y los dos forman un dúo de cantantes de lo que ellos denominan «neorock». El dúo Milly & Billy, las damas siempre primero, claro.

—Un dúo de ladrones...

—No los condene sin antes conocer totalmente las circunstancias. «No juzgues y no serás juzgado», dice la Biblia. Necesitaban dinero para comprar un equipo: ya sabe,

altavoces, instrumentos musicales y demás. No lo comprarán con los diez mil dólares que usted llevaba en el bolso, pero sí alquilarán uno con los mil que yo les he prestado.

Janet se puso rígida bruscamente.

—Ha dicho diez mil dólares —murmuró, muy tensa.

—La vieron a usted en el banco. Por eso decidieron robarla.

—Y Billy se lo ha contado...

—Me explicó todas las circunstancias de su acción. También ha dicho que pensaban devolverle el dinero algún día. Cuando hubieran triunfado, claro.

Hubo un instante de silencio. Luego, Janet dijo:

—Edgar, estoy segura de que me ha hecho entrar aquí para averiguar por qué extraje de mi cuenta una suma tan importante, y en efectivo.

—Acierta —admitió él.

—Lo siento, no puedo decírselo. Y, otra cosa: eso no le importa en absoluto.

La chica se puso en pie. Hann la imitó en el acto.

—Janet...

—Por favor —rogó ella secamente.

Los paquetes de la compra estaban en una silla contigua. Hann se dispuso a cogerlos, pero Janet hizo un enérgico ademán.

—No, no se moleste. He tenido mucho gusto, Edgar —dijo, para dar a entender que daba el diálogo por terminado.

—A juzgar por su cara, uno pensaría que nuestro encuentro le ha sentado como una bofetada —respondió él.

Los labios de Janet se contrajeron. Agarró los paquetes con el bolso colgando del antebrazo izquierdo y se dirigió con paso rápido hacia la salida del local.

Hann dejó unos billetes sobre la mesa. Sacó tabaco, se puso un cigarrillo en la boca y, con las manos en el momento, caminó sin prisas en dirección a la puerta.

Cuando llegaba al umbral vio una escena que le hizo parpadear de asombro.

Janet se había encontrado en aquel momento con un hombre. Hann lo reconoció en el acto: era su prometido.

El hombre llevaba un portafolios en la mano derecha. Al verlo, Hann sintió un fuerte choque.

Aún no hacía media hora que había visto aquella cartera de mano, encima de una silla, en uno de los apartamentos de aquel mismo edificio. Janet, sin embargo, no sabía nada y parecía una mujer muy feliz al encontrarse con el hombre que iba a ser su esposo muy pronto.

—Pobre chica —murmuró—. Como alguien no lo evite, vas a tener un despertar muy desagradable...

Y, sin poder remediarlo, pensó en la burbuja de los sueños que había mencionado Clever durante su entrevista. —¿Quién pinchará esa burbuja? —se preguntó.

* * *

Durante las veinticuatro horas siguientes pensó de forma casi constante en el asesino de las rosas rojas. Había un lazo común entre las víctimas, estaba bien claro, pero presentía que las que todavía vivían no se mostrarían muy propicias a hablar, como le había sucedido con Harriet Booker. Entonces, ¿cómo averiguar los motivos de aquellas muertes?

De pronto recordó un detalle que, hasta aquel momento, le había pasado desapercibido.

Recordó también a la mujer. Era Florrie Rhine, la asistente de su tía. Ahora, en vacaciones la dueña de la casa, sólo acudía un par de veces

a la semana. Había estado dos días antes y aún tardaría veinticuatro horas más en regresar.

Hann decidió hablar con ella en persona; no podía esperar tanto. Recordaba muy bien los gruñidos de queja de la mujer, después de una de aquellas reuniones, lamentándose del trabajo que le daban siete u ocho amigas que se reunían para criticar a todo el mundo y jugar unas partidas de cartas.

Florrie echaba pestes cada vez que tenía que vaciar unos ceniceros repletos de colillas. Dos de las componentes del círculo, por si fuera poco, fumaban cigarros.

Cuando terminaba la fiesta, la casa parecía devastada por un ciclón, en palabras de la asistenta.

Además, Florrie estaba siempre presente en las reuniones para servir las bebidas y los bocadillos que las reunidas consumían en cantidades inimaginables, junto con helados y bombones de todas clases. «Parece que acaben de salvarse de un naufragio después de un mes en el mar sin probar bocado», había comentado en cierta ocasión.

Florrie tenía que saber algo a la fuerza, se dijo.

Y, animado por aquella idea, se vistió y salió a la calle.

Media hora más tarde llamaba a la puerta de un apartamento modesto. Esperó unos minutos, pero no le contestó nadie.

«Habrás salido», pensó, mientras repetía la llamada con los nudillos, ahora un poco más fuerte que en anteriores ocasiones.

Entonces, para su asombro, la puerta se movió lentamente. En el mismo momento, una ráfaga de un olor muy poco agradable le dio de lleno en el rostro.

Hann se puso rígido.

Aquel hedor...

Hacía tres días que Florrie no iba por casa. Estaba a finales de la primavera. El tiempo era cálido, nada apropiado para la conservación de los cuerpos sin vida.

Abrió un poco más. Florrie yacía en el suelo, con una pierna doblada bajo el cuerpo y los brazos extendidos. En el centro de su pecho se

divisaba una mancha de color marrón oscuro.

También había sangre seca en el suelo. El rostro de la muerta tenía un color terroso y sus ojos, sin brillo, estaban desmesuradamente abiertos.

Dominando su repugnancia, Hann se acercó al teléfono, que empuñó con la mano protegida por un pañuelo.

Antes de marcar un número, volvió a mirar a la muerta.

—Florrie, ¿qué sabías tú? —murmuró.

Porque de una cosa estaba seguro, aunque no lo diría a la policía. Florrie había muerto

porque sabía algo comprometedor... ¿para quién?

¿Para el asesino de las rosas rojas?

Inspiró profundamente. Cuando declarase ante la policía, diría que había ido a buscar a Florrie, alarmado por su falta de noticias. No tenía que decir nada más.

Pero alguien tenía que pagar aquellos crímenes. Había llegado a apreciar a Florrie y le dolía enormemente su trágico final.

Lentamente, marcó un número y dijo:

—¿Policía? Quiero informar de un asesinato...

* * *

Sorprendentemente, en el momento menos esperado, Janet llamó a la puerta de su casa.

Hann abrió y la miró fijamente unos segundos.

—Nunca habría esperado... —dijo al cabo.

—¿Puedo entrar? —consultó.

Hann movió la cabeza en determinada dirección.

—Tu prometido vive al lado —le recordó.

—Ahora está ausente.

—Ah...

—Trabaja, no vayas a creer que vive de las rentas.

—No he dicho nada, Janet. Pasa y tomaremos café. ¿O prefieres otra cosa?

—Café, gracias.

—Anda, siéntate; estás en tu casa... Perdón, en casa de un amigo.

La joven hizo un leve movimiento de cabeza. Hann la encontró más atractiva que nunca, con aquel traje de cuadros amarillos y blancos, cerrado de cuello, con manga corta y vivos blancos. Era una imagen realmente hechicera y comprendió que su vecino estuviese perdidamente enamorado de Janet.

Al cabo de unos minutos volvió con una bandeja en las manos y se sentó frente a ella.

—Empieza cuando gustes —invitó mientras llenaba las tazas.

—Es cierto —dijo la chica—. Saqué diez mil dólares de mi cuenta bancaria.

—No te he preguntado el destino que pensabas dar a ese dinero. Eso es cosa tuya, Janet.

—Pero te mostraste tan reticente...

—Yo no tengo ninguna autoridad sobre ti. Sólo ayudé a evitar un robo, eso es todo.

—Y nunca lo agradeceré bastante. Sin embargo, he pensado que debías saber por qué lo hice.

—Si te empeñas...

—Era un préstamo que hice a mi prometido, Edgar.

—Hombre afortunado —sonrió él—. Pero creo recordar que has dicho que trabaja.

—Sí, tiene negocios y en esos momentos necesitaba dinero con urgencia.

—¿Qué clase de negocios, Janet?

—No lo sé muy bien. Una tienda de algo... Bueno, él es el viajante y habla con los clientes y consigue pedidos... Pero no sé qué es lo que vende.

—¿Biblias, tal vez? —sonrió Hann.

—No te burles de mí —dijo ella, irritada—. Tengo plena confianza en él y sé que no puede hacer nada malo. Aunque...

Janet se mordió los labios.

—A veces no puedo evitar las sospechas —añadió en voz baja.

—¿Qué sospechas? —preguntó Hann.

—Bueno, un chantaje...

—Ah, tiene un pasado turbio.

—No lo sé. Y aunque sea así, ¿es que no ha podido regenerarse, Edgar? ¿Por qué has de ser tan duro con un hombre al que no conoces?

—Y tú, ¿lo conoces?

Ella se quedó cortada.

—¡Pues claro! —exclamó tras unos instantes de duda—. Voy a casarme con él, recuérdalo.

—Janet, algunos sostienen la teoría que un hombre y una mujer no se conocen jamás, ni siquiera después de veinte años de matrimonio. Pero voy a decirte una cosa, y perdona la sinceridad.

—Sí, Edgar; te lo agradeceré.

—Tú sospechas de un chantaje basado en algo turbio en el pasado de tu prometido. Si él te quiere, y tú a él, ¿por qué no es sincero y te cuenta lo que le sucede? ¿No te sientes predispuesta a perdonar un pecado cometido, seguramente antes de conocerte a ti?

Ella asintió repetidas veces.

—Sí, e incluso se lo he dicho en más de una ocasión, pero él se niega siempre a contestarme. Dice que no tiene importancia...

—Si no la tiene, ¿por qué calla?

Hubo un instante de silencio. Hann pensó en revelar a Janet lo que sabía de la entrevista íntima que su prometido había sostenido con una dama madura y rica. Pero no quiso agravar la desazón de la muchacha.

Además, corría el peligro de que ella creyera lo hacía por despecho. «Ya llegaría el momento apropiado», se dijo.

Janet fue la primera en romper el silencio.

—Se lo diré en cuanto lo vea...

Hann levantó una mano.

—No, espera —aconsejó—. Dale un poco más de tiempo. Quizá él, en el momento menos esperado, se decida a hablar sin ser presionado. Ten un poco de paciencia y...

¿me permites añadir una cosa?

—Claro, Edgar —sonrió la chica.

—Envidio sinceramente a ese hombre —suspiró Hann.

Janet se echó a reír espontáneamente.

—Algún día encontrarás la mujer apropiada —dijo—. Eres un buen chico y yo te deseo lo mejor del mundo.

—Gracias, preciosa.

Ella se puso en pie.

—Me siento mejor después de haber hablado contigo. Ahora me doy cuenta de que necesitaba conversar un rato con alguien de confianza.

—Y yo lo soy, sin duda.

—Por supuesto. —Janet le tendió una mano—. Gracias, Edgar... Ah, un momento —

exclamó.

—¿Sí? ¿Te ocurre algo?

—No, a ti, en todo caso. He leído los periódicos y supongo que te sentirás muy afectado por lo que le ha sucedido a tu asistenta

—Imagínate. Ahora iré a su funeral... Y, dejando de lado lo ocurrido, no sé cómo me las voy a arreglar para que la casa esté en orden. Yo hago lo que puedo, pero temo que no es suficiente...

Janet sonrió.

—Edgar, si me permites, mañana vendrá una mujer a hacerte la limpieza. Yo la conozco muy bien y sé que es de toda confianza.

—Te lo agradezco muchísimo, aunque yo tendré que salir por la mañana para hacer algo inexcusable... Pero puedo darte una llave y tú se la das a ella. ¿Qué te parece?

—Estupendo, Edgar. Y no temas; repito que es de toda confianza, ¿eh?

—Si la recomiendas tú, no puedo desconfiar en absoluto —respondió el joven.

CAPITULO V

Después del funeral regresó a su casa, se sirvió una copa y se sentó en un butacón pensando en lo que debía hacer. Abstraído en sus pensamientos, el tiempo transcurrió sin que se diera cuenta y era de noche ya cuando, de repente, pareció recordar que estaba despierto.

Sacudió la cabeza. De pronto, al encender la lámpara que tenía al lado, vio un chispazo en el lado opuesto de la pared junto al suelo.

Entornó los ojos. El chispazo procedía del reflejo de la luz en una superficie metálica y mantenía constantemente la misma intensidad.

Intrigado, aguzó la vista. Aquella cosa metálica se hallaba en la moldura del zócalo, un falso listón de plástico que imitaba la madera.

«Tía Clara —pensó—, a veces, era un poco tacaña y no le importaba decorar la casa con elementos que no tenían nada de naturales.»

Levantándose, caminó unos pasos y se agachó para ver aquella cosa. Entonces, con enorme asombro, descubrió un micrófono.

Terriblemente sobresaltado se preguntó quién podía haber puesto allí un aparato de escucha. Un policía, no; no sospechaban de él y, además, lo habrían hecho de forma mucho más sofisticada.

Al examinar el zócalo con más detenimiento, se dio cuenta de que parte del plástico había sido arrancado con cierta violencia, poniendo el micrófono al descubierto. «¿Qué había sucedido allí exactamente?», se preguntó.

De pronto se incorporó y fue a la cocina, de la que volvió con un cuchillo en las manos. Hurgó un poco más en el plástico y dejó el micrófono enteramente al descubierto. Entonces, dio un tirón y lo sacó.

Había un cable, tal como suponía, pero era muy corto, apenas si tenía un par de metros de longitud. Al examinar el otro extremo, vio señales que le hicieron saber había sido cortado bastantes días atrás.

Parecía evidente que el observador ya no necesitaba escuchar más lo que sucedía en la casa. Por tanto había cortado el cable, evitando así ser descubierto... aunque, probablemente, pensó, estaría conectado a una línea telefónica y descubrir el número correspondiente sería tarea punto menos que imposible.

Pero de pronto vio algo que le hizo concebir ciertas esperanzas.

En el vástago del micrófono descubrió restos de una etiqueta comercial.

Indudablemente, el observador había actuado con cierta prisa y no había podido quitar la etiqueta por completo. Pero así podía saber una dirección: 4.331, Morgan Driv...

—Morgan Drive —completó la segunda palabra a media voz.

También vio un número de serie muy pequeño, grabado en el metal. Sonrió para sí; en cierto comercio de aparatos electrónicos, le dirían quién había sido el comprador del

«chivato».

Y debía averiguarlo cuanto antes, decidió, sin pensárselo dos veces.

* * *

No tuvo problemas para encontrar la tienda de artículos electrónicos. Cuando abrió la puerta, oyó una voz juvenil que sonaba con evidentes tonos de acaloramiento.

—¡Usted me garantizó que era un equipo que sonaba maravillosamente! —gritaba el chico—. La verdad es que me dio una porquería, que rechazaría hasta Beethoven...

—Claro, a él le gustaba la música seria —respondió el comerciante en son de burla.

—Lo digo porque era sordo, animal. Lo que usted me dio, no lo querría ni un salvaje africano en la Edad de Piedra. Vamos, quédese con sus malditos trastos y devuélvame los doscientos dólares que le di...

—Pero, chico, ¿es que te crees que yo estoy aquí para perder dinero? Yo no tengo la culpa de que tú seas un analfabeto musical...

Hann se dio cuenta de que la discusión empezaba a agriarse y que podía llegar a extremos verdaderamente lamentables. De pronto, reconoció al joven que protestaba de la mala calidad de los instrumentos.

En el mismo instante, Billy echaba mano al bolsillo derecho de sus pantalones. Hann, rápido, le puso una mano en la muñeca.

—No, Billy, no te metas en un lío —aconsejó.

El chico se volvió en el acto.

—Déjeme... Ah, es usted, señor Hann —exclamó.

—Suelta eso que tienes en la mano. No, mejor, dámelo. Y usted —se dirigió al dueño de la tienda—, devuélvale el dinero y quédese con sus aparatos. Este joven tiene derecho a protestar de la mala calidad de un producto, si cree que le han defraudado en la operación.

Junto a Clever se veían un montón de artefactos, entre los que figuraba una guitarra eléctrica de disparatada factura. Milly, mordiéndose los labios, permanecía inmóvil y silenciosa, sin atreverse a tomar parte en la discusión.

El dueño de la tienda miró a Hann irritadamente. Era un sujeto de unos cuarenta y cinco años, de mediana estatura, casi calvo y que usaba unos anticuados lentes de montura al aire, los que parecía iban a desprenderse en cualquier momento de su nariz de pico de cuervo. Vestía una camisa a rayas y un sobado chaleco, lo que no contribuía precisamente a mejorar su aspecto personal.

—¿Quién es usted? —preguntó desabridamente—. ¿Por qué se mete en un asunto que no le importa?

—Da la casualidad de que soy uno de los socios capitalistas de este dúo y quiero saber cómo se invierte mi dinero —contestó el joven sin amilanarse—. Yo confío plenamente en Billy y sé que él protesta con toda justicia, así que devuélvale el dinero en el acto.

—No tengo por costumbre...

—Las costumbres se alteran cuando conviene —dijo Hann incisivamente—. ¿Lo ha comprendido? Usted, según reza el rótulo de la tienda, se llama Bickston.

—Sí, ése es mi nombre —admitió el comerciante de mala gana—. Está bien, le devolveré el dinero, pero dígame a ese piojoso que no vuelva más por aquí. No quiero verle en los días de mi vida, ¿lo ha entendido?

—No se preocupe, no volveré... —empezó a hablar Clever, pero el joven le interrumpió con un ademán.

—Calla, no sigas —ordenó.

En aquel momento se abrió la puerta de la tienda y entró un hombre. Hann no reparó en él momentáneamente, enfrascado en resolver la situación que Clever había planteado por causa de un defectuoso equipo de sonido.

Bickston fue a la caja registradora y sacó diez billetes de veinte dólares, que puso en manos del muchacho.

—Toma, y mal rayo te parta —dijo de mal humor.

Clever se echó a reír.

—Acaba de decirlo delante de un espejo —contestó, mordaz.

—Vamos, Billy, por favor —dijo Hann en tono de reproche—. Espérame fuera un momento, ¿quieres?

—Sí, señor. Anda, Milly, vámonos de este antro...

Los dos chicos salieron. De pronto, Hann se dio cuenta de que el hombre que había llegado hacía unos instantes era el prometido de Janet.

El sujeto estaba junto a una estantería, examinando cintas con grabaciones musicales.

Se hallaba junto a la sección clásica y eso le hizo pensar a Hann que debía de ser un melómano.

Pero él había ido a la tienda de Bickston por otro motivo. Mirando al dueño fijamente, le enseñó el micrófono que hasta entonces había mantenido oculto.

—Necesito un informe —manifestó.

Bickston hizo una mueca.

—¿Policía? —preguntó.

—Si lo fuese ya le habría llevado a la Sección de Control de Calidad para que los expertos diesen su opinión acerca del equipo que le ha rechazado el señor Clever —

contestó Hann secamente—. Aunque también puedo formular una denuncia y... En fin, dejémoslo y dígame quién le compró este micrófono.

Bickston lo examinó unos instantes. Luego dijo:

—Espere.

Fue a una estantería, sacó un libro, lo abrió y lo consultó durante algunos segundos.

Luego regresó al mostrador.

—Peter Smith, calle Doce, seiscientos cincuenta y nueve —dijo.

—Suficiente, muchas gracias.

El prometido de Janet se volvía en aquel momento con un par de cintas en las manos.

Vio al joven, sonrió y le hizo una cortés inclinación de cabeza. Hann contestó con un gesto análogo y salió de la tienda.

Clever y Milly aguardaban pacientemente junto a su coche. Hann le miró con ojos acusadores.

—Billy, si no reprimes un poco tu genio...

—¡Pero si no iba a sacar una navaja! —exclamó el chico—. Ese tipo me estaba poniendo nervioso y quería encender un cigarrillo. Se lo juro, y si no me cree... —abrió los brazos—, regístreme para que se convenza de que soy sincero.

—No será necesario, Billy. En cambio, te diré que viniste aquí porque creías ahorrar un poco de dinero, ¿no es así?

Clever asintió. Hann volvió los ojos hacia la chica.

—Milly, tú le conoces mejor que yo. No te digo más —sonrió.

—Es que... estuvimos en otra tienda, pero nos pedían un precio excesivo —contestó ella—. Ese Bickston es un ladrón de marca; tiene una fama pésima en estos ambientes, pero, a pesar de todo, no creímos que nos daría algo que sólo sirve para la chatarra.

—Si el otro os pide el doble, y es bueno, valdrá la pena.

Y, una cosa, Billy: cuando estés furioso, antes de hablar, piénsatelo bien.

—Si, señor. Procuraré ser más mesurado, se lo prometo.

Hann dio una palmada en el hombro del chico y luego se encaminó hacia su coche. Iba a hablar inmediatamente con Peter Smith y preguntarle por qué había puesto un micrófono en su casa.

No lo consiguió. Peter Smith no vivía en la dirección indicada por Bickston, sencillamente porque tampoco otra persona residía en aquel lugar. Era un solar raso como la palma de la mano.

Entonces, Hann se formuló dos preguntas lógicas en aquellas circunstancias.

¿Le había mentido Bickston?

¿O era Smith el mentiroso, dando un nombre y una dirección falsos?

* * *

Estaba sentado en el diván, profundamente abstraído en sus pensamientos, y no se dio cuenta de que alguien había abierto la puerta y asomaba la cabeza a través del hueco.

—¿Interrumpo? —sonó la voz de Janet.

Hann levantó la vista en el acto.

—Perdona, no me había dado cuenta... —Se puso en pie—. Entra, si no tienes miedo a afrontar las iras de tu prometido, por visitar a otro hombre en su propia casa.

—El ha salido y tardará un poco en volver —contestó Janet—. Decidí venir unos minutos antes para hablar contigo.

—No tengo a mi cargo ningún consultorio femenino, pero si puedo ayudarte, lo haré con mucho gusto. ¿Cuál es tu problema?

—¿Y el tuyo? Porque he llamado a la puerta un par de veces y no me contestabas. Sin embargo, te vi a través de la ventana y pude darme cuenta de que parecías muy preocupado. ¿Qué te sucede, Edgar?

—Tienes razón —suspiró él—. Estoy muy preocupado, y sobran los motivos. Hoy mismo encontré un micrófono oculto en esta sala.

—¿Un micrófono? —se sorprendió ella—. ¿Quién te espía, Edgar?

—A mí, creo, nadie, porque el cable estaba cortado. Más bien pienso que alguien espiaba esta casa, cuando tía Clara tenía reunión con sus amigas.

—¡Sorprendente! —exclamó Janet—. ¿Qué podían decir? ¿Era de importancia para...

el espía?

—Supongo que sí, aunque no se me ocurre ninguna solución por el momento. Tía Clara está de vacaciones en Italia y no me atrevo a comentarle el asunto por teléfono.

Me guste o no, tendré que aguardar su vuelta, aunque mucho me temo que tardará más de lo previsto. Se fue, sin fecha fija de regreso... El año pasado estuvo en Francia nada

menos que cuatro meses; el anterior, cinco en Mallorca... Es una mujer completamente imprevisible en este aspecto.

—¿Quién es tía Clara? Nunca me has hablado de ella...

—Es la mujer que cuidó de mí cuando murieron mis padres, y yo tenía entonces seis años. La considero como una madre, pero es una mujer libre, independiente... y con dinero.

—Una mujer afortunada —sonrió Janet—, Aunque ya debe de ser mayorcita, supongo.

—Sesenta y uno, pero se conserva estupendamente.

De pronto miró a la joven. ¿Debía decirle que había visto salir a su prometido del apartamento de una de las amigas de su tía?

Más adelante, tal vez...

—Y alguien espiaba a las amigas de tu tía, cuando se reunían aquí a jugar a las cartas.

—Y a criticar a todo el mundo —añadió Hann—. Pero no comprendo por qué tenían que espiarlas. Todas ellas son mujeres como mi tía, libres y sin compromisos, y bien situadas económicamente. No era una colección de conspiradores que se reúnen para derribar al gobierno o para planear un atraco. Todo lo que podían decir aquí eran chismes, murmuraciones, comentarios poco caritativos, pero, en el fondo, eran unas reuniones inofensivas. Una vez asistí yo por casualidad, y parecía una jaula de grillos: todas hablaban a la vez... Tuve que meterme en cama, con dos aspirinas en el estómago y sin cenar...

Janet se echó a reír.

—Debía de ser todo un espectáculo, en efecto —convino.

—Sí, pero dos de las asistentes a esas reuniones han sido asesinadas, sin contar con la que hacía la limpieza de la casa. Y eso sí que es muy serio, Janet.

Ella asintió.

—Es cierto, Edgar —convino—, ¿Piensas hacer algo?

—Ya lo he hecho, pero he fracasado. Encontré la tienda que vendió el micrófono al espía, pero... o el dueño me engañó o el espía engañó al dueño, porque en la dirección que figura en el libro de ventas, sólo hay un solar vacío en la actualidad.

CAPITULO VI

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Hann, con una sonrisa de circunstancias, se disculpó y preguntó a la muchacha si quería tomar algo.

—Café, por favor —aceptó Janet.

Hann fue a la cocina y ella le siguió.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea antes de que yo llamase a la puerta?
—preguntó.

—Conozco a las amigas de mi tía y pienso interrogarlas una a una. Estuve hablando con Harriet Booker, pero se mostró muy reticente. Creo que sabe algo, aunque, por las razones que sean, prefiere callar. Y eso me tiene muy intrigado, créeme.

—Sí, resulta intrigante. Unas mujeres se reúnen periódicamente a jugar a las cartas...

y dada su posición, parece que no pudieran haber hecho nada malo. Pero esta vida, a veces, da muchas sorpresas, Edgar.

Hann meneó la cabeza.

—Puede que sea como dices, aunque a mí me costaría mucho creer que mi tía ha hecho nada malo. Claro que hablo de ella con los prejuicios propios del caso; la quiero como a una madre y no puedo pensar que haya cometido algún hecho particularmente grave. Sin embargo, puedo equivocarme...

—¿Qué harías si fuese cierto lo que piensas?

—Trataría de ponerme en su lugar y apreciar todas las circunstancias del asunto.

—¿Incluso si se tratase de un asesinato?

—Por supuesto. La acción en sí no importa tanto como los motivos, que pueden resultar exculpatórios, ¿comprendes?

Hann sirvió el café, tomó unos sorbos y luego miró a la chica.

—Mañana hablaré con otra de las amigas de mi tía y procuraré ejercer

la mayor presión posible para que me diga la verdad —añadió.

—Ya me contarás lo que has podido averiguar —dijo Janet.

—Desde luego. ¿Cómo va tu asunto particular?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Ni bien ni mal. Marvin no quiere contarme su problema y eso me tiene un tanto desazonada.

—Marvin es tu prometido —dijo él.

—Sí, el apellido es Bellamy.

Hann sonrió.

—Bonito —calificó—. Janet Bellamy... Será el tuyo cuando te cases.

—El apellido es lo de menos. Importa más... el propietario, Edgar.

Hann estudió el rostro de la muchacha y llegó a la conclusión de que Janet se sentía asaltada por ciertas dudas acerca de la conducta de su prometido y que ello hacía vacilar la fe que había depositado en el hombre que iba a ser su esposo en un plazo muy breve. No era un buen principio para el matrimonio, se dijo, si antes no existía una plena confianza entre los dos cónyuges. Inevitablemente, a la larga, el matrimonio naufragaría y, uno de los dos, por lo menos, sería una persona desdichada que tardaría mucho en superar el trauma producido por el indebido comportamiento del otro.

De pronto, con el rabillo del ojo, vio algo que se movía en el jardín contiguo. Giró un poco la cabeza y movió la mano.

—Ahí viene Marvin —indicó.

Janet dejó la taza sobre la mesa.

—Gracias por todo, Edgar —sonrió.

—Al contrario, soy yo quien debe dártelas por tu visita. Y ya sabes: si me necesitas para algo, ven a verme de inmediato.

—Si, desde luego.

Ella se marchó. Hann hizo un gesto de pesar.

—Se casará con un desaprensivo, que la arruinará y luego la dará de lado y...

Pero ¿qué podía hacer él para evitarlo?

—Nada; eso es un asunto personal de ella —resumió así sus reflexiones, nada optimistas acerca del futuro de Janet.

* * *

El gato de la señora Macintosh andaba de amoríos y maullaba desesperadamente a las tres de la madrugada. Hann despertó, furioso, pensando dónde tenía una bota vieja para tirársela al minino y acallar así el concierto que daba en honor de la hembra esquiva. Pero, de pronto, alguien, otro vecino, encontró la bota vieja y se la tiró al gato.

Se oyó un furioso maullido. Luego volvió el silencio.

Hann respiró satisfecho.

—Gracias, quienquiera que haya sido —murmuró.

Dio media vuelta en la cama, decidido a reanudar el sueño interrumpido, pero, de pronto, captó un sonido que no había percibido antes.

En alguna parte, había un escape de algo: gas o agua. El siseo se percibía claramente, aunque no parecía proceder del mismo dormitorio.

Intrigado, Hann encendió la luz y se levantó de la cama. Tal vez en el termo eléctrico había fallado el termostato y el vapor producido por el agua hirviendo escapaba por la válvula de seguridad...

De pronto, cuando salía del dormitorio, vio el chorro de gas que surgía del suelo, junto a una de las ventanas. Un extraño olor llegó a su pituitaria y le hizo sentir en el acto un ligero vértigo.

Hann retrocedió de inmediato. El vapor, de color blanquecino, surgía a bastante presión y comprendió que en pocos minutos inundaría la casa.

Corrió hacia la cama, arrancó una manta y regresó de nuevo a la sala, arrojándose sobre el cilindro de metal, que envolvió lo mejor que pudo, para lanzarlo a continuación a través de una ventana. Casi en el mismo instante, se sintió acometido por un fuerte mareo y, aunque

comprendió que iba a caerse, supo que no podría evitarlo.

Sentíase repentinamente muy débil, pero, por fortuna, no había perdido aún el conocimiento. Arrastrándose como pudo, llegó a la ventana opuesta, la abrió y se inclinó sobre el antepecho, para respirar el aire puro de la noche a pleno pulmón.

Extrañas imágenes de todos los colores bailaron una frenética danza en su cerebro durante algunos minutos. Luego, poco a poco, fue recobrando la normalidad, hasta sentirse casi bien del todo.

El gas, calculó, no era mortífero, pero sí podía haber provocado un sueño artificial, muy profundo, lo suficiente para que alguien entrase en la casa sin ser molestado. ¿A qué?, se preguntó.

¿Alguien quería quitarle de en medio?

¿O tal vez buscaban algo cuya utilidad no era capaz de comprender por el momento?

—¿Por qué diablos no estás aquí ahora, tía Clara? —masculló, furioso.

Pero rectificó casi en el acto; mejor que siguiera en Italia.

—Así está viva y...

Cuando se notó restablecido, volvió a la otra ventana. Todavía salía un poco de gas del cilindro, semejante a un pequeño extintor de incendios, a través de la manta. Espera ría a que estuviese vacío por completo y entonces trataría de examinarlo y de averiguar qué clase de gas había contenido.

Tenía un amigo químico y le llevaría el cilindro para que lo examinase. Mientras, decidió aguardar pacientemente a que la carga de gas se hubiese disipado por completo en la atmósfera.

Transcurrió un cuarto de hora. Hann decidió arriesgarse y salir de la casa. Cuando se inclinaba sobre la manta, aún envolviendo el cilindro, oyó una voz a su derecha:

—No lo toque, señor Hann. Si lo hace, considérese muerto.

El joven respingó. Se había inclinado un poco y volvió a erguirse.

—¿Quién es usted? ¿Qué demonios quiere? —preguntó.

—Tengo una pistola en la mano, eso debe bastarle —respondió el

desconocido—.

Escúcheme bien: vuélvase a casa y métase en la cama. Lo demás no le importa en absoluto.

—¿Que no me importa...? —Hann se puso furioso—. He estado a punto de morir...

—Si quisiera que hubiera muerto, ya no estaría hablando conmigo. Ande, váyase a la cama y olvídense de todo. No me haga perder la paciencia, por favor.

Hann vio la pistola con el rabillo del ojo y decidió que el desconocido estaba dispuesto a cumplir su amenaza. Maldiciendo entre dientes, volvió a la casa y se metió en el dormitorio.

Pese a todo, esperó unos minutos y volvió a salir más tarde al jardín, aunque ya se imaginaba que no encontraría nada. La manta, efectivamente, estaba tirada a un lado y no se veía el menor rastro del desconocido ni tampoco del cilindro que había contenido el gas narcótico.

Había algo en la casa, adivinó muy pronto. Pero ¿dónde? Y, sobre todo, ¿qué era?

Como presentía que no iba a poder conciliar el sueño, fue a la cocina y puso agua al fuego. Tenía que averiguar el misterio de tres muertes violentas y para ello era preciso interrogar a las mujeres que podían saber algo sobre el particular.

Una de ellas era Clemmie Shannon, cincuenta años, dos divorcios y una renta muy saneada, que le permitía vivir con gran lujo y sin dar golpe.

* * *

Estaba sentada ante el tocador, aplicándose el maquillaje a la cara, y sonrió al ver a su visitante a través del espejo.

—Edgar, hijo, cuánto me alegro de verte —dijo la señora Shannon—, La verdad es que no te esperaba... ¿Qué hace tu tía? ¿Sigue todavía en Italia?

—Sí, señora; allí está aún... Precisamente ayer tuve carta y me envié saludos para usted —mintió el joven.

—Y has venido para decírmelo, naturalmente. Eres muy considerado, Edgar, muchas gracias.

—No se merecen, señora Shannon...

Clemmie soltó una risita.

—Edgar, no me trates con tanta ceremonia. Ya no soy una jovencita precisamente, pero tampoco una anciana de pelo blanco, reúma en la espalda y un bastón para apoyarse cuando camina. Llámame por mi nombre, sencillamente.

—Sí, señora... digo, sí, Clemmie...

—Así está mejor. —Ella terminó de retocarse, se puso en pie y ajustó el cinturón de su bata—. ¿Quieres desayunar conmigo, Edgar?

Hann parpadeó. Eran más de las once de la mañana y aquella mujer hablaba de tomar el desayuno, cuando casi era hora de almorzar.

—No, gracias, no tengo apetito. Aunque le aceptaré una taza de café, por supuesto.

—Muy bien, entonces, vamos al comedor.

Envuelta en una espesa nube de perfume, Clemmie pasó por delante del joven y le condujo a una galería acristalada, de planta semicilíndrica, situada junto al frondoso jardín de la residencia. Una atildada doncella sirvió la mesa de inmediato, mientras la dueña de la casa charlaba sin cesar, a la vez que mordisqueaba desordenadamente pastas y tostadas de todas clases.

—Y bien, Edgar —dijo ella, pasado un buen rato—. ¿Qué te trae por mi casa? ¿Tal vez necesitas algo que no puedes tener, porque tu tía está ausente del país?

—No, señora, por fortuna no necesito nada. —Hann decidió que ya era hora de hablar claro—: Simplemente, he venido para preguntarle de qué hablaban en las reuniones que tenían lugar en casa de mi tía.

Hubo un momento de silencio. Clemmie detuvo el viaje de una tostada hacia su boca y le miró fijamente.

Hann apreció el brillo de aquellas pupilas. Clemmie Shannon charlaba por los codos y, aparentemente, era una mujer de carácter voluble y más bien irreflexiva. Pero la expresión de sus ojos desmentía de

inmediato tal apreciación.

—¿Te interesa mucho? —preguntó ella al cabo.

—Pamela Winter, Amanda Mortimer y Florrie Rhine han muerto asesinadas. Las dos primeras, formaban parte del círculo que acudía una vez al mes a casa de mi tía. Florrie era la asistenta. Así que, cualquiera que tenga dos dedos de frente, pensará de inmediato que tales muertes están relacionadas con las reuniones que daba mi tía.

—Íbamos una vez al mes a tu casa. Pero también celebrábamos esas reuniones en otras casas.

—¿Aquí también?

—No, nunca. Yo me negué siempre a ello, Edgar.

—¿Por qué?

—Arriesgué a ser expulsada del grupo, pero no quería que dejasen mi casa hecha una pocilga, como solía suceder. Ahora bien, para que no me tachasen de avara, yo pagaba los gastos de limpieza y daba una buena propina a la encargada de ello.

—Bien, eso no tiene mucha importancia, Clemmie. ¿De qué hablaban en esas reuniones?

Ella hizo un gesto negativo.

—No te lo diré, Edgar; eso es algo que no te interesa en absoluto.

—¿A la policía tampoco?

—Eran reuniones inofensivas —contestó Clemmie.

Pero la nota de la mentira se advertía sin dificultad en su voz.

—¿Eran reuniones inofensivas y alguien les había instalado un micrófono oculto para escuchar lo que se decía allí?

Clemmie respingó violentamente. Luego se puso muy pálido.

—No puede ser —dijo.

—Yo mismo encontré el micrófono y la tienda donde había sido vendido —declaró el joven.

Clemmie había cambiado bruscamente y parecía que iba a desmayarse. Hann añadió:

—Le traeré un vaso de agua. Parece que no se encuentra bien.

—No, no es nada... Estoy un poco bajo de presión, eso es todo —contestó ella con voz débil—, Edgar, muchacho, ¿quieres dejarme sola? A veces me ocurre... pero se me pasa pronto...

Hann se encaminó hacia la puerta.

—De todos modos, usted sabe algo más de lo que da a entender, y le convendría decirlo. Recuerde que tres personas han sido asesinadas y las tres estuvieron en casa de mi tía. Quizá su vida también corra peligro, pero podría evitarlo siendo sincera...

—¡Por favor, vete de una vez! —gritó ella crispadamente—. No tengo nada que decir,

¿te enteras? ¡Vete, vete ya...!

Hann se encogió de hombros.

—Como quiera, pero puede que llegue un momento en que tenga que recordar que se lo advertí. Y puede que entonces sea demasiado tarde —finalizó.

A pesar de todo, esperó algunos segundos en la puerta, con la esperanza de que Clemmie se rindiera y dijera todo lo que sabía, pero fue en vano. Al fin, abrió y cruzó el umbral,

Sentíase terriblemente intrigado. ¿De qué habían hablado unas mujeres, en apariencia inofensivas, durante sus reuniones en casa de Clara Fremont?

¿O no eran tan inofensivas como aparentaban?

Meneó la cabeza, mientras volvía a su coche. Fuera lo que fuese, no tenía más que una solución: averiguarlo por sí mismo.

Antes de arrancar, consultó la lista de amigas de su tía que asistían a las reuniones del grupo. Quedaban dos más: Josephine Blackmount y Tessa Ruyles. Pensó en visitarlas inmediatamente, pero desistió de la idea casi en el acto.

Estaba seguro de que Clemmie hablaría con ellas de su conversación y las prevendría de una posible visita nada agradable. Era mejor, se dijo,

esperar algunos días, a fin de en

contrarias desprevenidas, lo que podría darle mejores resultados.

Luego, de pronto, pensó en Bickston y decidió que no estaría de más hacerle una segunda visita.

CAPITULO VII

Cuando iba a entrar en la tienda, se cruzó con un rostro conocido. Marvin Bellamy le dirigió una cortés sonrisa, a la vez que hacía una leve inclinación de cabeza, Hann contestó de una forma análoga.

Bellamy llevaba en la mano un par de cartuchos de cinta. «Debe de ser muy aficionado a la música», pensó.

Pero ya no se preocupó más del prometido de Janet. Entró en la tienda y al ver que el dueño estaba ocupado con un cliente, se dirigió a la estantería donde se exponían las cassettes.

Estudió los títulos unos momentos. De pronto, vio la *Sinfonía del Nuevo Mundo*, de Dvorak, y decidió que le gustaría escucharla de nuevo. Además, debía hacer algún gasto, a fin de congraciarse con Bickston.

El cliente se marchó al fin y pudo acercarse al mostrador.

—Me llevaré esta cassette —anunció.

—Muy bien. Permita, se la envolveré...

—No, gracias; la escucharé en la radio del coche, mientras voy de vuelta a mi casa. Ah, a propósito, ¿recuerda usted a Peter Smith?

—Sí —contestó Bickston—. ¿Qué le pasa?

—Le dio una dirección falsa. Fui allí y es un solar abandonado.

El comerciante abrió los ojos.

—¿Qué me dice? ¿De veras me dio una dirección falsa? —exclamó.

—Y, probablemente también un nombre falso —dijo Hann.

—Es increíble... Claro que, a fin de cuentas, yo no vendo armas. Mis productos son inofensivos, señor Hann.

—Depende, señor Bickston. Un micrófono no mata, desde luego, pero si se utiliza para una escucha ilegal, puede constituir pieza de un delito.

—No lo dudo, aunque, en todo caso, yo no tengo la culpa. No puedo controlar las actividades de cada cliente.

—Por supuesto —convino el joven—. Pero ahora que sabemos que el señor Smith le engañó con una dirección inexistente, ¿no podría decirme qué aspecto tiene? Es decir, si lo recuerda, claro.

—Sí, naturalmente, me acuerdo muy bien de él —contestó Bickston—. Era un tipo más bien bajo, todavía más que yo, delgado, de rostro chipado y bizqueaba del ojo derecho. Tenía la voz muy fina, casi femenina... —Lanzó una risita—. La verdad es que un tipo así es difícil de olvidar, aunque sólo se haya visto una vez.

—Muy cierto —sonrió Hann—. Gracias por todo y... dígame, ¿qué le debo?

Hann abonó el importe del cartucho de cinta y se marchó de la tienda preguntándose cómo podría encontrar a un hombre de unas características físicas tan acusadas. ¿Debía recurrir a la policía, en donde, seguramente, tendrían algo en sus archivos?

Antes de arrancar, puso la cassette en el alvéolo correspondiente. El coche empezó a rodar y aguardó expectante el inicio de la pieza de música.

Transcurrió casi un minuto. No salía el menor sonido por el altavoz del aparato de

radio.

Esperó otro minuto y comprobó que persistía el silencio. Un tanto fastidiado, sacó la cinta y le dio la vuelta. Pero la segunda prueba tuvo el mismo resultado que la primera.

Muy irritado, cerró la radio y se concentró en conducir el coche. Por orgullo, no quiso volver a la tienda, para cambiar la cinta; lo haría otro día. Pero era evidente que en el proceso de fabricación, alguien había padecido un error y le habían entregado una cinta virgen.

Pero, súbitamente, dejó de preocuparse por el detalle, ya que se dio cuenta de que alguien le seguía en un coche.

* * *

Detuvo el automóvil frente a la casa y se apeó rápidamente. El otro vehículo se paraba entonces, a menos de veinte pasos de distancia, y corrió hacia su conductor.

—¿Por qué diablos me sigue? ¿Quiere que le dé un buen puñetazo en

la nariz? —

exclamó belicosamente.

El conductor, impasible, le enseñó algo. Hann se quedó atónito.

—Policía —dijo—. Ah, ya recuerdo...

—Sí, soy el sargento Hubert —se presentó el otro, a la vez que abría la portezuela del coche—. Le aseguro que no tenía intenciones hostiles contra usted, señor Hann.

—Pero me seguía...

—Pura rutina, señor.

—Eso es que me consideran sospechoso de las muertes cometidas —alegó el joven.

—No, no creemos que tenga nada que ver con esos crímenes, pero nos intrigan sus andanzas. ¿Qué investiga usted, señor Hann?

—¿Le importa mucho, sargento?

—Las tres mujeres muertas habían estado en su casa en varias ocasiones. Una de ellas estaba empleada como asistente, usted lo sabe muy bien.

—La casa no me pertenece.

—También lo sabemos, pero, comprenda, hemos de seguir todas las pistas posibles. Es nuestro trabajo, señor Hann.

—Muy bien —dijo el joven—. Entonces, voy a añadir una tarea suplementaria a ese trabajo, sargento. ¿Conoce usted a un hombre bajo, delgado, de cara chupada, que se hace llamar Peter Smith y que, además, bizquea del ojo derecho?

Hubert pareció concentrarse unos momentos. Luego hizo un gesto negativo.

—Por el momento, no recuerdo —manifestó—. De todas formas, consultaré los archivos en jefatura y...

—Si lo encuentra, avísame inmediatamente. Entonces yo le diré algo muy interesante, sargento.

—Sí, señor.

Hann sonrió.

—Perdone mi brusquedad, pero estaba un poco nervioso...

—Pensó sin duda que le seguía el asesino —dijo Hubert.

—Hoy día, uno no se puede fiar de nadie, sargento. Hasta la vista.

Hubert hizo un ficticio saludo militar. Hann dio media vuelta y se encaminó con paso rápido a su casa.

Al entrar, observó algo inusitado.

Todo aparecía en orden, resplandeciente de limpieza. La atmósfera estaba agradablemente perfumada. Hann parpadeó, asombrado, preguntándose quién podía haber hecho semejante labor.

De pronto, oyó una voz en la cocina:

—¡Edgar!

El joven creía soñar.

—¡Janet! ¿Qué estás haciendo en mi casa?

La muchacha apareció de pronto, sonriendo deliciosamente. Estaba ataviada con un pañuelo que cubría sus cabellos, atado en la frente, delantal y guantes.

—Ya ves, como observé que a esta casa le hacía falta una buena mano de limpieza, decidí hacerlo yo misma... Siéntate y espera unos momentos; acabo de poner el agua para el café.

—Pero... bueno, yo no entiendo... Janet, tu prometido vive a cuatro pasos... ¿Qué dirá si sabe que estás aquí?

—Lo primero, no tiene por qué enterarse. Lo segundo, eres un buen amigo y esto que hago no tiene importancia. Y, tercero...

La chica no pudo seguir hablando. En el mismo instante, se oyó una terrorífica explosión y Janet se sintió violentamente lanzada hacia adelante.

Hann la recibió en brazos y cayó de espaldas al suelo, completamente ensordecido y sin comprender en absoluto lo que había sucedido. Una

nube de polvo y humo salió a través de la puerta que daba a la cocina, a la vez que se escuchaban ruidos y crujidos que parecían anunciar el inminente derrumbamiento de la casa.

Durante unos segundos, permanecieron en la misma postura, fuertemente abrazados.

Al fin, Hann reaccionó y se esforzó por levantarse, ayudando a la muchacha a ponerse en pie.

Janet estaba consciente, aunque parecía fuera de sí, víctima sin duda de un «shock»

producido por la explosión. Hann la depositó sobre un diván, que se había cubierto de polvo en unos segundos, y luego se asomó a la cocina.

Casi estuvo a punto de desmayarse. La cocina parecía haber sufrido los efectos de un bombardeo. La pared maestra había resistido, pero los cristales de las ventanas y todos los cacharros y utensilios habían quedado absolutamente inservibles.

* * *

El teniente Stevens habló con alguien y luego regresó junto a Hann y la muchacha, quien parecía haberse recuperado bastante. Sin embargo, Janet continuaba todavía muy pálida. El policía pensó que aquella hermosa joven tenía aún el susto metido en el cuerpo.

—El especialista dice que fueron dos cartuchos de dinamita —informó.

Hann asintió.

—No pudo ser menos —contestó—. Teniente, no me importa que la cocina haya quedado arrasada, pero no me perdonaría jamás que, por mi culpa, ella hubiese sufrido el menor daño.

—Se salvó de milagro —dijo Stevens—. ¿Qué hizo usted, señorita Ibsum?

Janet respiró profundamente.

—Había arreglado la casa y oí llegar a Edgar... perdón, al señor Hann. Puse la cafetera sobre el hornillo, encendí el fuego...

—¿Cómo lo hizo? —preguntó el oficial.

—Con un fósforo. El sistema de encendido automático no funcionaba...

—Encendido eléctrico, claro.

—Sí —dijo Hann—, Está estropeado desde hace algunos días. Como no sé el momento en que voy a permanecer en casa, no quise avisar al técnico para que reparase la avería.

Por el momento, yo me arreglaba también con fósforos.

—Eso fue lo que salvó la vida de la señorita Ibsum —dictaminó Stevens—. Si hubiera funcionado el encendido eléctrico, la chispa se habría comunicado inmediatamente al fulminante y la explosión se habría producido instantáneamente. No es necesario añadir más, supongo.

Hann sacudido la cabeza.

—Nos imaginamos el resto, teniente —dijo.

—Bien, ahora sólo falta que me diga quién desea su muerte, señor Hann. Porque es evidente que alguien quiso asesinarlo.

—Si lo supiera, se lo diría, aunque más bien pienso que es la misma persona que ya ha cometido tres asesinatos —respondió el joven.

—¿De veras lo cree así?

—Estoy convencido de ello, teniente. En esta casa, unas mujeres, de buena posición, ociosas, sin nada que hacer, celebraban reuniones periódicamente, aunque también lo hacían en las casas de las otras. Si aquí se habló o no algo de importancia, es cosa que ignoro por completo, pero los hechos han sucedido así y eso da pie a toda suerte de especulaciones.

—Cierto —concordó Stevens—. Esto da mucho que pensar, pero pocas soluciones...

El teléfono sonó de pronto. Uno de los policías de uniforme que estaban presentes lo levantó, escuchó unos instantes y luego lo tendió hacia Stevens.

—Para usted, teniente.

Stevens cogió el teléfono, contemplado atentamente por Hann y Janet. Al cabo de unos segundos, dejó el aparato en la horquilla y se volvió

hacia el joven.

—Era el sargento Hubert —dijo—. Me encarga le informe que no existe más que un Peter Smith, con una vista de lince, no bizquea, conserva todo el pelo y pesa ciento veinte kilos. ¿A qué Peter Smith se refería usted, señor Hann?

El joven suspiró.

—Al mismo que, seguramente, puso la dinamita en mi cocina —respondió—. Y el mismo, también, que instaló un micrófono en esta casa, para escuchar lo que hablaban las invitadas de mi tía.

—Un micrófono, ¿eh? —Stevens agarró una silla, se sentó a horcajadas y miró a Hann

fijamente—. Cuénteme, muchacho, por favor —solicitó.

Hann habló durante unos minutos. Cuando terminó, Stevens hizo unos gestos con la cabeza.

—Nos ocuparemos de eso, descuide. Yo, en persona, interrogaré a las damas que ha citado usted y trataré de que digan la verdad. En cuanto a la señorita Ibsum, la veo todavía muy afectada. ¿Quiere que la lleve a un hospital, para que la examinen los médicos?

—Gracias, pero me encuentro bien —contestó Janet—. Sólo fue el susto, teniente, y ya se me está pasando.

—Lo celebro infinito.

Poco más tarde, se marcharon los policías. Hann volvió a asomarse a la cocina y meneó la cabeza, apesadumbrado.

—Tendré que llamar a unos operarios para que arreglen esto y me instalen aparatos nuevos —dijo—. Janet, hay algo que me preocupa —agregó.

—¿Qué es, Edgar?

—Tu prometido. Si se entera de que estabas aquí, no le agradará, precisamente.

—¿Es necesario que se lo digamos? —contestó ella.

—Ah, entonces, no quieres que lo sepa.

Janet hizo un gesto negativo.

—No.

Hubo un instante de silencio. Hann procuró estudiar la expresión del rostro de la muchacha.

—Janet... no quisiera entrometerme en tus asuntos, pero... diría que empiezas a cambiar de opinión respecto de tu prometido.

—Sí —admitió la chica, visiblemente alterada—. Y si he de ser sincera, no vine aquí sólo para arreglar tu casa.

—Desde la cocina se puede espiar discretamente la casa de Bellamy.

—Efectivamente, y por eso sé que hoy mismo vino una mujer a visitarle. Una mujer ya madura, muy arreglada, pero con cincuenta años, por lo menos. ¿A qué vino esa mujer a casa de Marvin?

Hann pensó inmediatamente en Harriet Booker.

—No formule conclusiones precipitadas —dijo—. Tal vez era sólo una amistad... o familiar...

—Ella le abrazó y le besó de un modo que no tenía nada de amistoso ni tampoco indicaba precisamente relación familiar. ¿Cómo se definía antiguamente a una mujer en esas condiciones?

—Una querida —respondió Hann.

—Exactamente eso es lo que creo es la mujer que hoy vino a visitarle —dijo Janet firmemente.

CAPITULO VIII

Tessa Ryles entró en la floristería y encargó un ramo de rosas rojas, que le gustaban mucho. Cuando le preguntaron la dirección, para enviárselas, dijo que se las llevaría ella misma.

Después de hacer la compra, subió a su coche y fue a la peluquería, donde tenía hora para el arreglo del cabello, sauna y masaje. Luego regresó a su casa.

Al salir del coche se inclinó para recoger las flores. Después se irguió y, en aquel instante, las rosas volaron en pedazos por los aires, junto con toda la parte superior del cráneo de la mujer.

El cadáver de la señora Ryles quedó tendido en medio de la acera. Ofrecía un aspecto horripilante. Los pétalos de las rosas se confundían en el suelo con la sangre que se había esparcido en torno al cadáver. Tenían el mismo color.

* * *

Sonó el teléfono y Hann, que estaba contemplando a los técnicos que se ocupaban de reparar los estragos en la cocina, corrió a la sala. El de la cocina había quedado también destruido, por lo que le resultaba imposible utilizarlo por el momento.

—Hann —dijo.

—Edgar —sonó la voz ansiosa de la muchacha—, ¿has leído los periódicos?

—Lo siento —respondió él—. He estado muy ocupado...

—El asesino de las rosas rojas ha cometido otro crimen. La muerta se llamaba Tessa Ryles.

Hann sintió que se le cortaba la respiración. Durante unos segundos, no supo qué decir.

Janet le llamó casi a gritos.

—¡Edgar! ¿Te ocurre algo? ¿Por qué no me contestas?

—Dispénsame, estaba pensando... Bueno, no sé qué pensar... Todo esto es tan terrible...

—Espantoso —calificó ella—. Ese hombre es una amenaza pública, Edgar.

—Sólo para determinadas personas, Janet.

—Yo hablaba en sentido metafórico... Dios mío, temo por ti... Intentaron asesinarte una vez...

Hann sonrió.

—¿Temes por mí? —preguntó.

—Bien..., eres un buen amigo... Te he tomado simpatía y afecto...

—Gracias, pero no olvides que estás prometida.

—Edgar, respecto a este asunto, ya no estoy tan segura de mí misma.

—No es posible, tú no hablas en serio, Janet.

—Sí, soy sincera. Tengo muchas dudas...

—¿Me permites un consejo?

—Claro. Anda, dime lo que sea.

—Está bien. Habla con Marvin y, como suele decirse, pon las cartas boca arriba. Exígele una clara explicación del destino que dio al dinero que le prestaste. Pídele también que te diga qué clase de relaciones le unen con Harriet Booker...

—¿Cómo? ¿La conoces? —se asombró Janet.

—Sí. Lo cierto es que no había querido decírtelo hasta ahora, pero el día en que te invité a tomar un café, al salir de la «boutique» de lencería, acababa de visitar a la señora Booker. Marvin estaba con ella en aquellos momentos.

—¿Lo viste a él con esa mujer?

—No, en su apartamento, no, pero sí vi su cartera de mano... la misma que portaba al salir del edificio. Sobre eso, no hay duda; la seguridad es absoluta.

—Edgar, nunca te perdonaré que no me dijeras en aquella ocasión...

—Janet, sé sincera. ¿Me habrías creído entonces?

Ella vaciló.

—Yo había dicho que tú eras la chica con la cual iba a casarme —siguió él—. En cierto modo podías considerarme como tu pretendiente. Por tanto, tu obligación, caso de que yo te lo hubiera dicho, habría sido pensar que calumniaba a tu prometido para que rompieras el compromiso —añadió Hann.

—Es cierto, eso es lo que hubiera pensado —añadió Janet.

—Hay cosas que uno debe ver por sí mismo, a menos que se tenga plena confianza en el informador, y entonces tú no podías creerme. Pero ahora ya lo sabes y, además, aún falta otra cosa: Harriet Booker es una de las mujeres del círculo de mi tía Clara.

—Otra víctima en potencia —dijo ella.

—Es posible, pero la policía, supongo, les pondrá protección.

—Lógico. Edgar, creo que en lo sucesivo odiaré las rosas rojas.

Hann se echó a reír.

—Mujer, no seas tan dramática. No todos los días sale un maniático por ahí, colocando tubos-pistola en los ramos de rosas.

—A pesar de todo...

—Entonces, también te sentirás aprensiva cada vez que te acerques a una cocina.

—Ajena, desde luego. ¿Te la han arreglado ya?

—Están en ello. Cuando tenga todo listo, ¿podré invitarte a cenar?

—¿En tu casa?

—Si no te importa...

—Me lo pensaré, Edgar.

—Muy bien, pero no olvides el consejo que te he dado: las cartas boca arriba, Janet.

—Lo tendré en cuenta. Déjame pensarlo veinticuatro horas, ¿quieres?

—Desde luego, pero no vayas con prejuicios y procura escuchar y comprender sus argumentos.

Janet se echó a reír.

—Edgar, ¿tienes algún consultorio sentimental en la radio? —preguntó.

—¡Dios me libre! —se espantó él—. No, mi trabajo es mucho más sencillo, infinitamente menos complicado...

—¿De veras? Oye, todavía no sé a qué te dedicas...

—Matemáticas y Física nuclear.

—¡Atiza! ¿Y eso es menos complicado que un consultorio sentimental?

—Los números no engañan, Janet. Dos y dos son siempre cuatro, pero, a veces, uno y uno resultan tres. ¿Lo entiendes?

—Sí, perfectamente, pero si las explicaciones de Marvin no me convencen, uno y uno volverán a sumar dos, y yo no seré uno de esos números.

—No saques conclusiones precipitadas —insistió él.

—Lo tendré en cuenta, Edgar. Gracias por todo.

—A ti por haberte acordado de un hombre que te aprecia sinceramente —respondió Hann.

Colgó el teléfono y se quedó pensativo unos momentos. Tendría que hablar con Harrier nuevamente, pero debería esperar la ocasión apropiada. Y aún le faltaba Josephine Blackmount, pero no quería moverse de casa en tanto no estuvieran reparados todos los desperfectos.

* * *

Estaba en el umbral de la puerta de la cocina, viendo el trabajo de los operarios, cuando, de pronto, oyó que sonaba a sus espaldas.

—¡Demonios! ¿Ha pasado algún tornado por aquí?

Hann se volvió en el acto. Billy Clever y su inseparable Milly, estaban a dos pasos, la chica sonriéndole con timidez.

—Perdone —dijo Clever—, pero vimos la puerta abierta...

—En los últimos tiempos me he vuelto muy descuidado —contestó el joven—. Me alegro de veros, chicos. ¿Queréis tomar algo?

—Café —pidió Milly.

—Lo siento, muchacha; no tengo cocina lista todavía. Tendrá que ser algo que salga de una botella...

—Entonces, no se preocupe —dijo Clever—. Perdone nuestro atrevimiento, pero queríamos darle una buena noticia y vinimos a decírselo en persona.

—Claro, me agrada escucharos —sonrió Hann—. Vamos, adelante, suéltalo, Billy.

—Hemos conseguido nuestro primer contrato —dijo el chico, radiante de satisfacción—. Ayer nos escuchó un promotor y nos ha contratado para que actuemos en un «club». Debemos empezar la semana próxima y durante todo este tiempo nos dedicaremos a ensayar a fondo. Queremos triunfar, señor Hann.

—Estoy seguro de ello, Billy, y créeme, soy sincero cuando digo que llegaréis muy alto.

Además, me conviene, porque hice una inversión en vosotros...

—Estamos estudiando la mejor manera de formar una sociedad, en todos los aspectos legales. Usted tendrá participación en ella, por supuesto —manifestó la chica.

—De eso ya hablaremos en su momento. Por ahora, lo que interesa es que consigáis el éxito.

—Señor Hann, nos gustaría que asistiera a nuestro primer concierto —dijo Clever.

—No faltaré, lo prometo —sonrió el joven—. Ah, por cierto, Billy, me gustaría decirte

algo, tú que debes de ser entendido en la materia... Yo no sé apenas otra cosa que meter la cinta en el alvéolo...

—¿De qué se trata, señor Hann? —preguntó Clever, muy interesado.

Hann fue a una consola y cogió la cassette que había comprado en la tienda de Bickston.

—No suena —dijo—. La compré como nueva, pero parece que alguien se olvidó de grabar la pieza correspondiente... O quizá es la radio de mi coche que no funciona correctamente...

Clever estudió la cinta unos segundos y luego hizo un gesto de asentimiento.

—El equipo que alquilamos es muy bueno, de toda confianza. Pasaré la cinta en la grabadora y ya le dirá lo que hay.

—De acuerdo, Billy, muchas gracias, Milly, me alegro de veros.

La chica sonrió. Luego dijo:

—¿Qué le pasó, señor Hann? ¿Una explosión de gas?

El joven suspiró.

—La cocina es eléctrica. Lo que explotó, sencillamente, fue dinamita —respondió.

Milly se espantó.

—¿Le gusta jugar con explosivos? —dijo, muy asustada.

—Si me gustase, no estaría hablando conmigo. Billy, no te olvides de la cinta.

—Si, señor. Deseo que no le ocurra nada —manifestó Clever.

Hann le dio unas palmadas en el hombro. Luego, los dos chicos se marcharon.

Hann encendió un cigarrillo.

Los operarios le habían asegurado, terminarían a media tarde. Entonces se propuso, iría a visitar a la señora Blackmount.

* * *

Casi era una gota de agua con respecto a las demás componentes del grupo, pero merecía la pena interrogarla. No podía pasar aquella ocasión por alto, se dijo, mientras llamaba a la puerta del apartamento de Josephine Blackmount.

Ella abrió al cabo de unos momentos y, cuando vio al joven, no pudo contener un gesto de desagrado, que Hann captó de inmediato.

—Si no le gusta mi visita, me marchó —dijo, sin más preámbulos.

La señora Blackmount vaciló un poco, pero, al fin, se echó a un lado.

—Pasa —invitó—. La verdad es que estaba esperando tu visita, Edgar.

Hann apreció una nota de cansancio en la voz de la mujer, quien, seguramente, pensó, se sentía muy desanimada por algo que ignoraba todavía, pero que, sin duda, tenía una evidente relación con las muertes que se habían cometido.

—Gracias, Josephine —dijo.

Aunque era mucho mayor que él, decidió tratarla con cierta confianza, a fin de conseguir que ella se sintiera mejor. La señora Blackmount

sonrió levemente, a la vez que se encaminaba hacia la consola donde estaba el servicio de licores.

—¿Te apetece algo de beber? —consultó.

—Póngame dos dedos de «bourbon», si tiene.

—Claro, Edgar.

Era una mujer elegante y todavía muy vistosa, la más joven del grupo, se apreciaba a simple vista. Pero, como las restantes, había preferido continuar libre, sin atarse a nadie, para no sufrir las consecuencias desagradables de un nuevo matrimonio. Por lo que sabía, todas, en mayor o menor grado, se habían sentido muy aliviadas al quedarse viudas o bien al divorciarse.

Josephine le entregó el vaso y luego se sentó, a la vez que le miraba penetrantemente.

—Adivino a qué has venido —dijo—. Supongo que estarás deseando que te lo cuente todo.

—Si no le importa...

—No, ya no me importa. Y creo que estoy deseando desahogarme con alguien, Edgar.

—La policía le interrogó, pero usted, supongo, no les ha dicho nada.

—No podía hacerlo —respondió ella—. ¿Cómo iba a contarles que todas las que formábamos aquel grupo habíamos acordado matar a un hombre?

CAPITULO IX

«Conque era eso», pensó Hann de inmediato, al oír las palabras de su anfitriona.

—Una conspiración para un asesinato —dijo, pasados unos instantes de silencio.

—Para nosotras era un acto de justicia.

—Nadie debe tomarse la justicia por su mano, Josephine.

—Entonces, ¿es lícito explotar a unas mujeres, por el solo hecho de que hayan tenido una aventura amorosa?

—Tampoco, pero hay tribunales...

—Queríamos evitar el escándalo, debes comprenderlo, Edgar.

—Al final, todo se sabrá, no se habrá evitado el escándalo y alguien puede verse acusado de homicidio en primer grado.

—Dudo mucho de que, si las cosas se hubieran desarrollado tal como lo planeamos, se hubiera producido el escándalo. Pero algo falló...

—¿Qué fue, Josephine?

Ella se atusó el pelo con un gesto maquinal.

—No lo sé. El primer indicio del fallo en nuestro plan lo tuvimos cuando Pamela Winter fue asesinada —respondió.

—Bien, pero ahora, por favor, explíqueme los motivos del chantajista —pidió el joven.

—Voy a ser sincera contigo, Edgar. Todas nosotras tuvimos un romance, luego lo supimos más tarde, con un mismo hombre. La cosa empezó hace un par de años y creo que yo fui la primera o, al menos, una de las primeras. Por supuesto, ninguna sabía nada de lo que hacían las otras; a este respecto, aunque hiciéramos comentarios muy atrevidos, ninguna se metía con cualquiera de las otras, al menos, de una forma definida. Quiero decir que no se pronunciaba ningún nombre. Demasiado sabíamos que cada cual tenía sus... cosas, pero el asunto no pasaba de ahí.

—Y un buen día, descubrieron que alguien les hacía chantaje. ¿Cómo

ocurrió?

—Bien, yo recibí un día ciertas fotografías... Jamás hubiera podido pensar que sucedieran cosas así... Me vi...

—Josephine, no siga —sonrió Hann—, Demasiado sé cómo aparecen un hombre y una mujer, sorprendidos en situaciones íntimas. Pero ¿es que no se dio cuenta de que le to-maban fotografías comprometedoras?

—Le habría roto la cabeza, si me hubiese enterado en aquellos momentos —contestó indignamente la señora Blackmount—. La cámara debía de estar muy bien oculta y no supe nada, hasta que recibí las primeras fotografías.

—Junto con una petición de dinero, claro. ¿Cuánto?

—Cuarenta mil.

—No está mal. Si eran seis o siete, el tipo se sacó un cuarto de millón. Bien, ahora, dígame ¿cómo organizaron la conjura para quitárselo de en medio?

—Pasó bastante tiempo, ya te lo he dicho, pero, a la larga, y reuniéndonos periódicamente, acabó por saberse todo. Entonces, alguien propuso matar al chantajista.

—Contratando a un asesino, por supuesto.

—Sí. Ninguna nos atrevíamos a hacerlo en persona. Pensamos que ésa sería la mejor

solución.

—Josephine, permítame —dijo el joven—. El chantajista, indudablemente, tendría prevista alguna reacción parecida, por lo que habría guardado a buen recaudo los negativos de las fotografías. De todos modos, luego habrían sido publicadas y no se hubiera evitado el escándalo.

—Sí, pero él habría dejado de sangrarnos. Porque una cosa era segura: no pensaba, calculábamos, cumplir su palabra de recibir un único pago, y andando el tiempo, volvería a pedirnos dinero.

—Eso también es cierto —convino el joven—. ¿Qué más, Josephine?

—Todas habíamos pagado ya, lo supimos el día en que decidimos a

contarnos la verdad.

Las cantidades oscilaban entre los cuarenta y los sesenta mil dólares. Entonces fue cuando decidimos cortar por lo sano.

—Alguna de ustedes, supongo, se encargaría de contratar al asesino. ¿Puede decirme quién fue?

—Harriet Booker.

—También ella, ¿eh?

—A Harriet le pidieron más; setenta y cinco mil. estaba furiosísima, pero, a pesar de todo, dijo que si pasaba algo, no quería ser la única en pagar las consecuencias. Ella no deseaba matar personalmente al chantajista, no por falta de ganas, sino porque habría sido la única en ir a la cárcel.

—Es lógico. ¿Dijo que se encargaría de contratar al asesino?

—Sí, y confiamos en ella y cada una le entregó dos mil dólares para la «operación».

—¿Qué pasó después?

—Una semana más tarde, murió Pamela Winter.

Hann asintió con un gesto.

—El chantajista lo había previsto todo —dijo—. Por eso, había instalado un micrófono en mi casa, bueno, en la tía Clara.

—¿Un micrófono? —se sorprendió Josephine.

—Sí. Yo lo encontré, de modo que no hay duda sobre el particular.

La señora Blackmount pareció derrumbarse.

—¡Dios mío! Ahora sí que estoy perdida —gimió.

—Nada de eso, Josephine —contradijo Hann—. Conspirar para matar a una persona, no es lo mismo que ejecutar la acción. El chantajista sigue vivo y ustedes tendrían una fácil defensa, caso de ser procesadas. Pero, al parecer, es el chantajista quien se dedica a matar a las que deseaban su muerte.

—Por venganza, supongo.

—Y para seguridad propia, también. Por descontado, el chantajista es el mismo que tuvo un romance con usted. ¿Cómo se llama?

—Peter Smith, alto, muy guapo, verdaderamente atractivo y distinguido. No me extraña que tuviera tanto éxito con las mujeres de cierta edad. Yo... caí en seguida, casi sin darme cuenta...

—El romance, sin embargo, no duró mucho —sonrió Hann.

—Pocas semanas, no llegó siquiera a los dos meses. Un día dejamos de vernos... y al poco tiempo, fue cuando recibí las primeras fotografías. De todos modos, no me importó

demasiado; harto sabía desde el principio que no iba a ser un asunto muy duradero. No me hacía ilusiones; él no venía sólo por mi linda cara.

—¿Le pidió dinero?

Josephine sonrió.

—Claro, era lo que esperaba casi desde el principio —repuso.

—Y se lo dio.

Ella sacó la lengua.

—No soy tonta —repuso—. Aunque luego, por supuesto, tuve que pagar mucho más de lo que él me había pedido.

Hann se puso en pie. Ya había oído bastante.

Pero, de repente, se acordó de un detalle.

—Josephine, ¿también mi tía tomó parte en la conjura? —inquirió.

—No. Sin embargo, lo sabía, pero nos aconsejó que no cediésemos, que no pagásemos un céntimo más de lo que ya habíamos dado. Nos aconsejó que afrontásemos al escándalo. «Al diablo con la gente y los comentarios», fue lo que dijo. Por mucho que amenazara el chantajista, ninguna éramos de las que figuran constantemente en las portadas de las revistas. ¿Qué periódico iba a publicar esas fotografías?, dijo. Y casi llegó a convencernos, pero, al fin, se acordó ejecutar el plan. Harriet fue una de las que más insistió en ello, porque preveía que el chantajista volvería algún día a pedirnos más dinero.

—Gracias, Josephine. Tenga mucho cuidado y, si es preciso, pida

protección policial.

Ella hizo una mueca.

—El asunto se divulgará...

—De todos modos, se hará público. Ya son cuatro muertes y eso es algo que ha hecho mucho ruido —dijo el joven.

Sonrió, para dar ánimos a la atribulada mujer.

—No le ocurrirá nada, ya lo verá, Josephine —se despidió, notablemente satisfecho al saber que su tía no había tomado parte en la conspiración sino que, además, se había mostrado adversa al plan.

Pero ahora resultaba evidente que sí sabía algo y por eso se había mostrado reticente al hablar desde Roma. Conversarían en profundidad cuando regresara de su viaje a Italia, se propuso, mientras abría la puerta de la casa.

* * *

Cuando llegó a la suya, encontró a Janet, espiando detrás de los visillos.

—¿Se ve algo interesante? —preguntó.

La chica se volvió en el acto.

—No —contestó—. Me pareció que él estaría en casa, pero no es así.

—Ha salido, sin duda.

—Eso creo. Edgar, ya te han arreglado la cocina, pero no me atrevo a encender fuego...

El joven se echó a reír.

—Esta mañana me hice el desayuno y no pasó nada —manifestó—. De todos modos,

volveré a examinarla de nuevo, antes de poner agua al café. Si me acompañas, te compraré algunas cosas muy interesantes.

—¿Qué has averiguado, Edgar? —preguntó Janet, llena de curiosidad.

—Lo principal, esto es, los motivos por los cuales han sido asesinadas

cuatro mujeres

—respondió él.

Janet le siguió hasta la cocina. Después de poner la cafetera al fuego, Hann se volvió hacia la chica y le contó su conversación con la señora Blackmount.

Ella se quedó pasmada al escuchar el relato.

—De modo que iban a contratar a un asesino profesional...

—Exactamente. Y, de algún modo, el chantajista se enteró y decidió evitar el peligro, diciéndose sin duda alguna, que la mejor defensa es un buen ataque.

—¿Se sabe quién es el chantajista?

—El nombre es Peter Smith, falso, indudablemente.

—Sí, me lo imagino. Edgar, has dicho que la señora Booker era la encargada de buscar al asesino y contratarlo.

—Eso es lo que me contó Josephine Blackmount.

—Esa mujer es la amante de mi prometido. —Janet se estremeció súbitamente—, Edgar, ¿crees que Marvin pueda ser... el... asesino? —añadió con un hilo de voz.

—No importa lo que yo crea, muchacha. ¿Lo crees tú?

Ella se mordió los labios.

—Me torturan las dudas más atroces...

—¿Nunca te dijo en qué trabajaba?

—No. Representa algo, vende no sé qué... pero no fue demasiado explícito.

—O sea, no lo sabes con exactitud.

—No, no lo sé.

—Janet, si Marvin es un asesino profesional, seguramente tendrá que desplazarse fuera de la ciudad en más de una ocasión. ¿Se ha ausentado desde que sois prometidos?

—No, nunca. Prácticamente, nos hemos visto todos los días... Claro que tampoco el compromiso data de mucho tiempo.

—¿Cuánto, por favor?

—Oh, un par de meses, antes de conocerte a ti. Por supuesto, a él ya lo conocía hace cosa de un año, aunque no formalizamos las relaciones hasta hace dos meses como acabo de decir.

—Un asesino profesional no se contrata a diario —dijo el joven—. Pero quizá eso nos lo pueda decir mejor la señora Booker.

—¿Por qué, Edgar?

—Es la amante de tu prometido, primero; y segundo, es la que más interés puso en eliminar al chantajista.

Janet fue a decir algo, pero no pudo seguir hablando, porque, en aquel momento, llamaron a la puerta.

—Abre, Edgar —dijo—. Yo terminaré de preparar el café.

El joven asintió y abandonó la cocina. Cuando abrió la puerta, se encontró en el umbral con Clever y su inseparable Milly.

CAPITULO X

—Traigo la cinta que usted me entregó —dijo el chico sin más preámbulos—. ¿De veras no oyó lo que está grabado?

—No, la cinta no emitía el menor sonido, por ninguna de las dos caras —respondió Hann—. Pero pasad, no os quedéis en la entrada...

Janet apareció en aquel momento con una bandeja en las manos. Clever se quedó cortado al verla.

—Es ella —dijo.

—Sí, una buena amiga —sonrió el joven—. Los conoces, Janet, supongo.

—Nos vimos en cierta ocasión —contestó ella, con los ojos fijos en Milly.

La chica se tocó la mandíbula.

—Sabe pegar, señorita Ibsum —dijo.

—Estaba muy furiosa. Tú no querías hacerme precisamente cosquillas con tu navaja.

—Toda la vida me avergonzaré de aquel impulso —confesó Milly—, La verdad es que en aquellos momentos me sentía muy furiosa...

—Será mejor que dejemos este asunto —propuso Hann—, En estos momentos, lo que más nos conviene es olvidarlo por completo. Bueno, Billy, dijiste que traías una cinta, que sí contiene una grabación, a pesar de que yo no pude escuchar nada.

—Es cierto —repuso el chico.

Llevaba consigo un bolso de cuero y lo abrió para extraer una grabadora portátil, que puso encima de una mesa. Apretó la tecla de contacto y dijo:

—Usted puso el aparato en funcionamiento y dejó pasar un minuto más o menos y, en vista de que no oía nada, le dio la vuelta, rebobinó y repitió la operación, parándola cuando notó que tampoco salía ningún sonido. Pero se precipitó, porque sí hay algo grabado en la segunda cara, y tarda alrededor de diez minutos en oírse la grabación, a velocidad normal. Acelerando se oye mucho antes, naturalmente. He conseguido fijar el punto exacto y lo oirán inmediatamente. Escuchen, por favor.

Hann y Janet tenían la vista morbosamente fija en la grabadora. De pronto se oyó una voz de hombre:

—Peter, la próxima es Josephine Blackmount. Ella no admitirá ya más ramos de rosas, de modo que tienes que hacerlo de la forma que te parezca mejor, con tal de que sea rápida y discreta. No tardes más de una semana o ya sabes lo que te puede costar. Eso es todo.

La voz se calló inmediatamente. Hann se sentía estupefacto.

—Es Bickston, el dueño de la tienda —exclamó.

Clever levantó una mano.

—Aguarde, esto no ha terminado todavía —dijo.

A los pocos instantes, se oyó otra voz:

—Peter, ya has oído lo que te ha dicho Ransome Bickston. Es tu

último trabajo. Cuando hayas terminado, tendrás lo que deseas recuperar. Nada más.

—Es una mujer —dijo Janet.

—Sí —convino Hann—. Concretamente Harrier Booker.

—Pero ¿es posible que esa mujer esté mezclada en una serie de horribles crímenes? —

se asombró Janet.

—Las pruebas no dejan lugar a dudas —contestó el joven—. Ahora bien, sólo nos falta adivinar la identidad de Peter Smith.

—No sabemos quién es...

—Pero Bickston nos lo puede decir.

—Se negará a hablar —opinó Janet.

Hann señaló la grabadora.

—Con esa cinta, tendrá que declarar todo lo que sabe —aseguró.

—Es posible, pero ¿cómo pudo ser tan imprudente para permitir que tú te llevaras esa cinta, que le compromete hasta el cuello?

—Hay una respuesta —dijo Hann—. En la estantería de música sinfónica, había varias cintas de la misma pieza. Yo cogí una, la primera que tuve al alcance de mi mano. Sin duda, estaría preparada para que se la llevase Peter Smith, pero, previendo un posible error, Bickston realizó la grabación a mitad de cinta. De este modo, un cliente frustrado, devolvería la cassette y exigiría una nueva, creyendo que le habían dado una cinta sin grabar. ¿Tiene algo por la otra cara, Billy?

—No, señor; está completamente en blanco —respondió Clever—. Pero esta que hemos oído es la segunda cara —explicó.

—Así, mejor todavía para un posible fallo —dijo el joven—. Uno pone la cinta en el reproductor de sonidos, se da cuenta de que no oye nada y devuelve la cinta a la tienda.

El vendedor se deshace en excusas, asegura que se quejará a la casa grabadora y le da otra que sí contiene la *Sinfonía del Nuevo Mundo*. En cambio, Peter Smith sí sabe lo que va a comprar y se lo lleva cuando

le conviene... o quizá cuando le llaman por teléfono y le dicen que tienen un mensaje en tal o cual pieza, y en la primera, segunda o la cassette que sea.

—Y luego, el propio Smith, recibidas las instrucciones, borra lo grabado, ¿no? —

supuso Janet.

—Es lo más lógico. Ahora bien, ya sabemos cuál es la próxima víctima del asesino de las rosas rojas. El procedimiento está agotado y emplearé otro.

—Pero no sabemos cuál, Edgar.

—Eso no tiene importancia. Lo que hemos de hacer es poner en lugar seguro a Josephine Blackmount. Y después, naturalmente, iremos a ver a Bickston.

—¿Querrá esconderse la señora Blackmount? —dudó la muchacha.

—Cuando oiga esta cinta, lo hará, aunque no se me ocurre ningún sitio.

—¿Por qué no la convence de que venga a nuestro apartamento? —sugirió Milly—.

Está en un lugar discreto y de nosotros no sospecharán en absoluto.

—No es mala idea —aprobó Hann, a la vez que se ponía en pie—. Ahora mismo iremos a hablar con ella...

—Permitirás que os acompañe, supongo —dijo Janet.

—¿De veras lo deseas? —consultó el joven.

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Sí, Edgar.

—Bien, entonces no se hable más... —De pronto, Hann la agarró por un brazo y se la llevó al otro extremo de la sala—. Janet, ¿has hablado con tu prometido? ¿Has puesto

las cartas boca arriba como te aconsejé?

—Todavía no he tenido ocasión...

—Yo diría que no te atreves.

Janet apretó los labios.

—Va a ser una escena muy desagradable —vaticinó.

—Desde luego, pero tienes que pensar en tu futuro. No puedes vivir con un esposo que te oculta ciertos hechos fundamentales, que pueden influir poderosamente en tu porvenir. Se puede perdonar una falta, un error, pero no el engaño, ¿comprendes?

Había cierta humedad en los ojos de la muchacha.

—Lo haré muy pronto, tal vez hoy mismo. En todo caso, de mañana no pasará, Edgar —

prometió.

Hann sonrió y volvió a apretar el brazo de la joven.

—Buena chica —dijo—. Anda, vámonos ya.

* * *

Josephine Blackmount se sintió aterrada cuando oyó la grabación. Janet y Milly procuraron consolarla y la ayudaron a preparar un somero equipaje, después de lo cual partió con la pareja de cantantes quedándose solos Hann y Janet.

—Bien, y ahora, vamos a hablar con Bickston —dijo él.

Subieron al coche de nuevo y un cuarto de hora más tarde, se detenían ante la tienda de música. Hann se apeó el primero y luego dio la mano a Janet, para entrar juntos en el local.

Apenas habían cruzado el umbral, oyeron dos disparos, seguidos de un espantoso chillido.

Hann reaccionó rápidamente y se colocó delante de la muchacha. Justo en aquel instante, salía una mujer del interior de la tienda, gritando como una demente. Corría ciegamente y no se dio cuenta de que había dos personas en la tienda, hasta que se sintió sujeta por las manos del joven.

—¡Señora Booker! —gritó Hann—. Repórtese, por favor. Está entre amigos...

—Bickston... Ha sido asesinado... delante de mis propios ojos...

De pronto, Harriet lanzó un agudo gemido, cerró los ojos y se desplomó al suelo. Fuera se oían ya voces de alarma.

Hann comprendió que ¡a mujer se había desmayado. Volvió la cabeza hacia Janet y le señaló a la caída.

—Es un síncope —dijo—. Procura atenderla.

Echó a correr, dio la vuelta al mostrador y penetró en la parte posterior del local.

Bickston yacía en el suelo, con un agujero en el pecho y otro en el cráneo.

La puerta que daba a un patio posterior estaba entreabierta. Hann comprendió que el asesino debía de haber utilizado aquella vía de escape, después de haber cometido su crimen.

En la calle se oyó una sirena policial. Viendo que no podía hacer nada por Bickston

regresó a la parte delantera y se inclinó hacia Janet.

—Vinimos a comprar cintas de música sinfónica —le dijo a media voz.

Ella hizo un rápido gesto de asentimiento. Justo en aquel instante, entraron dos agentes uniformados.

—Adentro hay un cadáver —dijo el joven—. Esta mujer ha sido testigo, pero se desmayó cuando entrábamos nosotros...

Los policías se precipitaron hacia el lugar del crimen. Uno de ellos salió a los pocos instantes y cogió el teléfono que había sobre el mostrador.

Harriet seguía aturdida y medio inconsciente cuando se la llevaron en una ambulancia.

Después de un buen rato, Hann y la muchacha fueron autorizados a marcharse.

—Llegamos apenas veinte segundos tarde —dijo él.

—De todas formas, no podríamos haber hecho nada. El asesino...

—El asesino no escapó. Lo teníamos delante de nosotros.

Janet comprendió y creyó que se le paraba el corazón.

—¿Ella?

—Sí. No pudo ser otra persona.

—Pero no tenía ningún arma encima...

—La escondió en aquel sector de la trastienda, en algún sitio muy disimulado, pero, posiblemente también, a la vista de todos.

—No entiendo —dijo la chica—. Si está escondida no puede estar a la vista; es algo que se cae por su peso, Edgar.

—No me he explicado bien. Posiblemente escondió la pistola en algún lugar tan aparentemente poco apto para esconder nada que a nadie se le ocurrirá mirar allí.

Además, la policía creyó su declaración y nosotros no hicimos nada para deshacer el equívoco.

—¿Por qué, Edgar? —quiso saber Janet.

—No teníamos pruebas para acusarla. La cinta sólo puede ser una prueba en compañía de otras. En ningún momento se menciona la palabra matar. Si existen otras pruebas, esa cinta servirá para dar solidez a la acusación, pero, de lo contrario, no habrá jurado que admita eso como prueba en un juicio por asesinato.

—Entonces, ¿qué prueba se necesita?

—El revólver que ha servido para matar a Bickston y, precisamente, en manos de la autora del crimen.

Janet se estremeció.

—Sospecho que vas a volver esta noche a la tienda —dijo.

—Sí, aunque la pase en blanco, porque Harriet también volverá y quiero pillarla con las manos en la masa.

—Pero ¿no avisarás a la policía?

—Quiero que me diga quién es Peter Smith. No olvides que ese tipo puso dos cartuchos de dinamita en mi cocina. No olvides tampoco que

quiso asesinar a mi tía. Lo hace a la fuerza, es indudable, pero no por ello deja de ser un asesino.

—Edgar, ¿cómo llegaste a sospechar de ella? —preguntó la chica.

—¿Qué tenía que hacer Harriet en la trastienda? No me cabe la menor duda de que estaba complicada en el asunto y que algo les falló, posiblemente el error al dejar que

me llevase la cinta destinada a Peter Smith. Tal vez discutieron por el reparto del botín...

En esta clase de asuntos, las discusiones suelen terminar de mala manera. Además, el desmayo era fingido, saltaba a la vista.

—Yo no advertí el engaño —manifestó Janet.

—Harriet apenas había perdido el color. Estaba un poco pálida, eso sí, pero cuando una persona se desmaya, pierde por completo el color y se le pone la cara blanca, incluso terrosa. Tenía que hacer algo para que su historia fuese creíble.

—Sobre todo, sabiendo que éramos nosotros los que habíamos oído los disparos.

—Es lo mismo. Ella desempeñó la comedia con nosotros, porque fuimos los primeros en llegar. Hubiera hecho lo mismo con otros clientes.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Janet preguntó:

—Edgar, ¿crees que conseguirás que hable?

—Puedo intentarlo —respondió él.

—Si Harriet llega antes y recupera el revólver...

—Procuraré anticiparme; ya te he dicho que estoy dispuesto a pasarme la noche en vela.

—Pero, a pesar de todo, tendrás que aguardar a que saque el revólver de su escondite y... ¿cómo lo probarás?

Hann sonrió.

—Janet, hay cosas que se llaman cámaras fotográficas —dijo.

La oscuridad habría resultado absoluta de no ser por la luz que, proveniente de la calle, penetraba a través de una ventana lateral. Sentado en un rincón completamente en tinieblas, Hann aguardaba pacientemente.

Antes de sentarse había registrado a fondo la estancia, no sin correr las cortinas, para que no se viera luz desde el exterior. Había ido casi a primera hora y un buen rato más tarde, había terminado la labor.

En la mano tenía una pequeña cámara fotográfica, con «flash», incorporado. Estaba en un rincón y apoyó la cabeza en la conjunción de los dos muros, seguro de que se despertaría.

Repentinamente, casi cuando menos lo esperaba, oyó un ruidito. Todos sus músculos se pusieron en tensión.

Alguien empujó una puerta cautelosamente. Una cabeza asomó por el hueco que daba a la trasera del edificio.

Hann preparó la cámara. De pronto, oyó una voz que era más bien un tenue siseo:

—Edgar, Edgar, ¿estás ahí?

CAPITULO XI

Hann estuvo a punto de soltar una gruesa interjección, pero logró contenerse a tiempo.

—Janet, ¿te has vuelto loca? —gruñó.

—Perdona, pero no podía dormir... Me sentía terriblemente nerviosa... ¿Dónde estás?

No te veo, Edgar.

—Bueno, no discutamos más. Termina de entrar y gira a la derecha. Despacio, no tropieces con los muebles... Tantea con las manos; hay muchos obstáculos...

Janet respiró al sentir la mano del joven que se apoderaba de una de las suyas. Hann tiró de ella suavemente.

—Ven y te sentarás —dijo.

Ella obedeció. De repente, se encontró sentada en las rodillas del joven y lanzó un grito sofocado.

—Edgar...

—¿Qué te ocurre? —sonrió él.

—Dijiste que iba a sentarme...

—No estás de pie o tumbada, me parece.

Janet sintió que un brazo rodeaba su cintura.

—De todas formas, la postura es incómoda —alegó.

—¿Para cuál de los dos?

—Se ve que no peso mucho —rió ella.

—Es un peso muy agradable de soportar. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, Edgar.

—¿Es la primera vez que te sientas en las rodillas de un hombre?

—Oh, no, en absoluto. Me he sentado muchísimas veces y muy a gusto.

—¡Caramba! ¿Quién era ese hombre tan afortunado?

—Mi padre, pero entonces yo era muy pequeña.

Hann meneó la cabeza.

—Pensé que sería Bellamy —dijo.

—Lo intentó una vez —manifestó ella.

—Y, ¿qué pasó?

—Me negué.

—Ahora no parece que te sientas a disgusto.

—No, pero no es correcto, Edgar. ¿No hay otra silla?

Hann suspiró.

—Ponte en pie y no te muevas. Te dejaré la mía y yo me sentaré en el suelo —dijo.

El cambio de posición se hizo sin inconveniente. Sentada como estaba, Janet buscó la cara del joven y la acarició suavemente.

—Eres un chico estupendo —dijo.

—Sí, pero te casarás con Bellamy —contestó él con acento lleno de melancolía.

—Todavía sigo soltera, Edgar.

—¿Por cuánto tiempo, Janet?

—No mucho. Todo depende de lo que él me diga...

—Ah, aún no has hablado con él.

—No estaba en su casa. Iré mañana, te lo aseguro.

Callaron de nuevo. Al cabo de unos momentos, Hann rompió el silencio:

—Todavía no me has dicho cómo conociste a Bellamy. ¿Cómo sucedió?

—Oh, de la forma más natural... Una fiesta, a la que asistimos los dos, charlamos, le gusté, él me gustó; empezamos a salir juntos y, al cabo del tiempo, viendo que conge-niábamos mucho, pensamos que estábamos hecho el uno para el otro y nos prometimos en matrimonio, eso es todo.

—Sí, una forma muy corriente. Janet, el dinero que le diste, ¿eran todos tus ahorros?

Quiero decir, si te ha quedado más en el banco...

—Tengo en total unos cincuenta mil, pero están en valores y acciones, aparte de un par de miles que forman lo que podríamos llamar mi fondo de gastos cotidianos: alojamiento, comida y vestidos.

—Y no trabajas.

—Por ahora, no. Era encargada de sección en unos almacenes y heredé ese dinero de mi abuela: Entonces, dejé el empleo, pensando en hacer algo que me gustaría más, pero las cosas se han complicado y

no sé cuándo podré empezar.

—¡Oh! Hay algo que te gusta más que vender artículos. ¿Puedo saber qué es, Janet?

—Si te lo digo, ¿me prometes no reírte de mí?

—En absoluto. Vamos, dilo de una vez...

—Escribir. Quiero ser escritora.

—Lo conseguirás —vaticinó él—. Y un día, cuando seas famosa, yo podré decir a mis amistades: «Yo conocía a esa célebre escritora cuando empezaba y fuimos muy amigos...»

Y un día, conseguirás el premio Nobel...

—Basta, Edgar. ¿Ves cómo te estás burlando de mí?

—Pero, Janet, yo hablaba en serio. Es el porvenir que te espera, si quieres realizar tus deseos. Además, una vez que te hayas casado con Bellamy, tendrás tiempo de sobra para dedicarte a tu afición favorita.

—Aún sigo soltera —repitió ella.

Hann buscó su mano y la oprimió suavemente.

—Marvin te explicará para qué quería ese dinero y tú aceptarás sus argumentos, y todo volverá a ser como era antes, ya lo verás —dijo con acento persuasivo—. Después, todo lo que ha pasado, te parecerá un sueño...

El joven se calló otra vez. Janet esperó que continuase hablando, pero, a los pocos momentos, percibió una respiración acompasada y se dio cuenta de que estaba dormido.

Sonrió para sí. Hann era un chico estupendo. «¿Por qué no le habré encontrado antes?», se preguntó.

El tiempo pasó lentamente. Janet empezó a pensar que la espera iba a resultar infructuosa. De súbito, cuando ya empezaba también a sentirse vencida por el sueño, percibió un leve chasquido en la parte delantera de la tienda.

Inmediatamente, se espabiló y tocó a Hann en el hombro.

—Despierta, Edgar —dijo en voz muy baja—. Viene alguien.

Un foco de luz osciló irregularmente, a la vez que se acercaba a la trasera de la tienda.

La puerta que comunicaba las dos partes del local, se abrió muy despacio y una silueta se recortó en el umbral.

La mujer entró, cerró a sus espaldas y encendió la luz. Giró a su izquierda y se acercó a una estantería, sobre la cual se veían varios televisores de pequeño tamaño y algunos aparatos de radio.

Ella dejó la linterna a un lado. Junto a uno de los televisores se divisaba una pequeña lata de metal. Estaba encima de un montón de papeles, facturas viejas en su mayoría, y apartó el recipiente y los papeles. Luego metió la mano izquierda y hurgó detrás de un televisor.

Cuando sacaba el revólver, brilló un vivo fogonazo, Harrier Booker se volvió instantáneamente.

Hann disparó la cámara de nuevo. En el rostro de la mujer apareció una expresión de rabia infinita.

—¿Qué haces aquí? —gritó—. ¿Por qué has tomado esas fotografías, Edgar Hann?

—Serán la prueba de que usted asesinó a Bickston —contestó el joven sin pestañear.

Harriet se cambió el arma de mano. Impasible, Hann tomó una nueva placa.

—A la policía le agradará mucho ver estas fotografías —sonrió.

—¿Crees que permitiré que te lleves la cámara?

—Por qué no, señora Booker?

Harriet se mordió los labios. Parecía presentir una trampa y movió la mano armada, a la vez que su dedo índice se crispaba sobre el gatillo.

—¿Quién es esa chica? —preguntó.

—El hombre no importa. Simplemente, una joven curiosa, que sentía vivos deseos de ver cómo se captura a una asesina. Porque usted mató a Bickston, es algo que no puede negar, ¿verdad?

—Saber que se ha hecho una cosa, es muy distinto de poder demostrarlo —respondió Harriet, quien ya iba recuperándose de la sorpresa recibida—. Además, si disparo contra los dos, nadie podrá acusarme de un crimen. Simplemente, defendería lo que me pertenece.

—¿Cómo? —dijo Hann, intrigado.

—La tienda es mía. Bickston y yo habíamos formado una sociedad, al cincuenta por ciento. Muerto él, todo es mío legalmente. Diré a la policía que vine a inspeccionar el local, a repasar los libros de cuentas, y que me encontré a dos ladrones, que quisieron atacarme. Saldré bien del paso, no te preocupes, Edgar.

—Es usted muy lista, pero no creo que eso le valga para nada, Harriet —dijo el joven—

¿Sabe que tengo en mi poder la cinta con instrucciones para Peter Smith? Naturalmente, no la llevo encima, pero, si me sucede algo, una persona la enviará a la policía y empezarán a hacerle preguntas sobre sus relaciones con Peter Smith y sus aficiones a enviar ramos de rosas con un tubo-pistola en su interior.

Harriet abrió la boca.

—¿Es... cierto?

—Usted sabe muy bien que no he mentado. Por casualidad, me llevé la cinta que debía estar ahora en poder de Smith. Pensé que había sido una grabación deficiente, pero un amigo, experto, la pasó íntegramente por la grabadora y encontró las instrucciones que

Bickston daba a Smith. Usted, naturalmente, puso el colofón... ¿Qué tienen contra Smith?

—preguntó Hann—. ¿Por qué le obligan a cometer esos crímenes?

—Es un asesino. Hace tres años, mató a su propia mujer. Pudo probar una coartada falsa, pero sólo engañó a la policía.

—Y a usted, no, por lo visto. ¿Cómo sabe que asesinó a su esposa?

Harriet rió desdeñosamente, mientras Janet sentía un escalofrío que le recorría la espalda desde la nuca a los tobillos.

—Tomé una fotografía del instante en que la golpeaba con un palo —contestó la señora Booker—. Yo no lo sabía entonces, porque estaba

retratando a un perro que teñía en aquella época. Además, era una cámara instantánea y en aquellos momentos recibí una llamada telefónica, por lo que no vi nada, hasta que revelé la placa varias horas más tarde.

—Y no se le ocurrió avisar a la policía, naturalmente.

—No, no quería compromisos. Ya habíamos empezado a montar un buen negocio...

—El de las damas maduras, sorprendidas en posturas comprometidas con un hombre joven y apuesto.

—Exactamente. La fotografía era un cartucho en reserva, del que dispusimos cuando mis amigas empezaron a hartarse de pagar dinero. Entonces fue cuando eché mano de las habilidades de Peter Smith.

—Y, naturalmente, era Bickston el que preparaba los tubos-pistola en este taller.

—Sí, era un hábil artesano. Lástima que tuviera que quitarle de en medio.

—¿Por qué, Harriet?

—Iba a liquidar el negocio, sin avisarme. Había realizado el dinero y lo tenía todo preparado para marcharse al Brasil. Con un cuarto de millón nada menos. Yo me había fiado de él, pero cuando lo supe, me puse furiosa y me dije que no iba a permitir que ese miserable disfrutase de un botín que nos había costado conseguir casi dos años y, además, después de que la idea fuese mía. Por si fuese poco, el maldito hijo de perra, lo negó...

—Y se puso furiosa, le pegó dos tiros y luego escondió el revólver y salió gritando que un asesino desconocido había dado muerte a Bickston.

—Eso es lo que sucedió, pero ¿quién podría probar lo contrario?

—Nosotros ya se lo he dicho antes. Harriet, será mejor que entregue el arma...

—Un momento —exclamó Janet, quien había permanecido silenciosa hasta entonces—

. Quiero hacerle una pregunta a la señora Rocker; a fin de cuentas,

creo que tengo derecho a saber ciertas cosas.

—¿De qué se trata, chica? —preguntó Harriet.

—Sus relaciones con Marvin Bellamy. ¡Qué lazos les unían?

La señora Booker se echó a reír.

—Es un amante muy apasionado, un verdadero garañón, nada más... aparte de que era también el colaborador en el asunto de las fotografías masculinas. ¿Satisfecha, niña?

Janet lanzó una exclamación de asombro, al mismo tiempo que se ruborizaba intensamente al escuchar la desvergonzada respuesta de Harriet. Hann decidió que ya habían hablado bastante y dio un paso hacia ella.

—Por favor, entrégueme el revólver —pidió con voz natural.

Harriet le miró con ojos llameantes.

—Te daré dos de las balas. Dos serán para esa chica y...

Apretó el gatillo, pero no se oyó ningún disparo.

Janet contuvo el aliento. La asesina volvió a oprimir el disparador, con el mismo resultado negativo.

Hann se echó a reír.

Harriet, yo encontré el revólver antes y le quité las balas. ¿Cómo podía pensar que iba a ser tan tonto, para dejarle el arma cargada?

—Entonces, sabías que yo...

—Se lo he estado diciendo todo el rato. ¿Quiere que se lo repita de nuevo?

Súbitamente, Harriet dio media vuelta y echó a correr.

—¡Se escapa! —gritó Janet.

Sorprendido, Hann tardó algunos segundos en reaccionar. Luego se lanzó en persecución de la fugitiva.

La tienda estaba a oscuras, pero entraba luz de la calle por los escaparates. Hann vio a la mujer salir al exterior y correr en busca de

su coche.

Cuando lo alcanzaba, un hombre surgió de su interior. Tenía una pistola en la mano y disparó varias veces contra Harriet.

Ella lanzó un horrible alarido, apagado por el estruendo de los disparos. Los proyectiles la hicieron vacilar espantosa mente unos segundos antes de caer al suelo.

Hann detuvo su carrera y retrocedió. Antes de que nadie pudiera hacer nada, el asesino dio media vuelta y escapó rápidamente.

Segundos después, Hann oyó el rugido de un motor de automóvil que arrancaba a toda velocidad. Era inútil, se dijo, perseguir al asesino.

Regresó rápidamente. Janet le miró con ojos muy abiertos.

—Harriet ha muerto —dijo él—. Será mejor que nos larguemos antes de que llegue la policía y empiece a hacernos preguntas que no nos conviene responder.

Agarró la mano de la joven y tiró de ella, sin que Janet opusiera la menor objeción. En pocos segundos estuvieron en el coche.

Hann la abrazó y ella se sorprendió del gesto.

—¿Por qué...?

—La policía acudirá pronto —dijo el joven—. Si nos encuentran, verán a dos enamorados que retozan. Huir sería peligroso y comprometido, ¿lo entiendes?

Janet hundió el rostro en el pecho del joven.

—Edgar... me he llevado una decepción terrible... —gimió.

Hann pasó un brazo por encima de sus hombros.

—Eres joven y tienes mucha vida por delante —contestó.

CAPITULO XII

Janet estaba muy abatida. Sentada en una silla, tenía las manos sobre el regazo y la mirada perdida en un punto situado en el infinito.

—Voy a salir —anunció Hann dos días más tarde—. ¿Te quedas?

—He estado abusando de tu hospitalidad...

—En todo caso, de la hospitalidad de tía Clara —sonrió él—. Pero no te apures; puedes quedarte todo el tiempo que desees. Sin límites, ¿comprendes?

—Quisiera pedirte un favor, Edgar.

—Claro, Janet, lo que gustes, no faltaría más.

—Deseo hablar con Marvin y poner las cosas en claro. Hace dos días que no viene por su casa. Pienso esperarle aquí hasta su regreso.

—Muy bien, no hay nada que alegar en contra. Yo procuraré volver lo más pronto que me sea posible.

Hann salió de la casa, dispuesto a hacer algo que estimaba indispensable para terminar el asunto. Había concebido ciertas sospechas, pero no quería tomar ninguna decisión, sin antes confirmarlas.

Media hora más tarde, entraba en el apartamento de Harriet. El conserje del edificio le dio la llave maestra, a cambio de una buena propina. Una vez dentro, Hann cerró con todo cuidado y se dispuso a practicar un registro exhaustivo en busca de lo que estimaba sería la prueba definitiva.

Tardó dos horas en revisar todos los libros de una estantería. Al fin, encontró uno, cuya cubierta posterior le pareció más gruesa de lo normal.

Había llevado consigo una navajita y separó cuidadosamente el papel de la contracubierta. Al nacerlo, una cartulina se desprendió y revoloteó unos instantes en el aire.

Hann se agachó y recogió la fotografía. El perro aparecía en primer plano, pero no ocupaba todo el espacio, sino que dejaba el suficiente para que se viera lo que sucedía a menos de veinte metros de distancia.

La fotografía había sido tomada con una tremenda oportunidad. Era una casualidad, se dijo Hann, pero no cabía la menor duda acerca de lo que había registrado el ojo de la cámara. Allí estaba Peter Smith, con el «bate» de *baseball* en las manos, golpeando a su esposa en el cráneo.

Ella aparecía vuelta de espaldas y empezaba a caer a consecuencia del golpe. El palo aparecía aún en contacto con su cráneo.

Los cabellos, a causa del golpe, iniciaban su dispersión lo mismo que los brazos, ya parcialmente separados del cuerpo, en el violento espasmo producido por el impacto del garrote. La boca de la mujer aparecía abierta en una mueca del terror que, sin duda, había sentido durante una infinitesimal fracción de segundo, antes de perder el conocimiento para siempre.

En el rostro de Smith aparecía una expresión de odio infinito. Era evidente que había asesinado a su mujer en un raptó de ira, pero ello debía de haber sucedido al cabo de mucho tiempo de acumular odio y resentimientos. Smith era un asesino, no había dudas, aunque cabía estimar sus argumentos, cuando explicara los motivos que

había tenido para dar muerte a su esposa.

Quizá ella le hizo perder la paciencia...

Pero no se podía disculpar la muerte de una persona, pensó a continuación. Y era preciso tener en cuenta que, a partir de aquel momento, Smith se había convertido en un asesino profesional.

Al cabo de unos momentos, buscó el teléfono, que no había sido desconectado todavía y marcó un número.

Alguien contestó a los pocos instantes.

—Bellamy —dijo el hombre.

Hann no pronunció una sola palabra. Lentamente, colgó el teléfono y se dirigió hacia la puerta.

* * *

Janet vio de pronto luces en la casa contigua y el corazón le palpitó aceleradamente.

Tras unos segundos de vacilación, se decidió a hacer lo que tenía pensado desde hacía mucho tiempo. Era preciso poner las cosas en claro de una vez para siempre, se dijo, mientras salía de la casa de Hann.

Momentos más tarde, llamaba a la puerta de la otra casa. Bellamy abrió en seguida y se sorprendió enormemente al ver a la muchacha.

—¡Janet! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

—¿No eres tú el que debes mejor explicar lo que has estado haciendo durante estos días, fuera de la ciudad y sin llamarme por teléfono una sola vez?

Bellamy se mordió los labios.

—He tenido muchas ocupaciones. Perdóname, pero había tantos problemas, que no me dejaban pensar en nada...

—¿Ni siquiera en las fotografías que te hacías en la cama con mujeres ricas, maduras y ociosas?

El rostro de Bellamy se puso gris.

—Janet, ¿quién...?

—Eso no importa ahora, Marvin. Lo sé y es suficiente.

—Bueno, no es cosa de la que uno se pueda sentir orgulloso, lo admito. Pero la vida no... no siempre es como uno quisiera...

—Y tal vez por eso mismo, me pediste diez mil dólares, cuyo destino desconozco todavía. ¿A quién le diste ese dinero, Marvin?

Bellamy bajó la cabeza.

—Lo siento, no puedo decírtelo. Y no insistas, porque no te lo diré jamás, en los días de mi vida.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Dispénsame, Janet.

Bellamy cruzó la sala, abrió y se encontró frente a un enorme ramo de rosas rojas que sostenía un repartidor. Al ver las flores, Janet comprendió súbitamente y se puso una mano en la boca.

—Para el señor Bellamy —dijo el repartidor.

Hubo un instante de silencio. Luego, Bellamy, descompuestamente, gritó:

—¡Llévese esas malditas rosas de aquí! ¡No quiero ver más rosas en mi vida! ¿Me ha oído? Fuera o se las hará tragar...

El empleado, asustado, huyó a la carrera. Bellamy se dispuso a cerrar, pero antes de que lo consiguiera, un pie bloqueó la puerta.

El hombre se volvió. Hann empujó suavemente y se hizo visible en el umbral.

—Hola, Marvin —saludó, cortés. Hizo un gesto con la mano—. Janet, ven aquí —

llamó.

La joven corrió hacia él. Hann se puso delante de ella, en actitud protectora.

—Oiga —protestó Bellamy—, esa mujer es mi prometida. Usted no tiene ningún derecho...

—Tengo todo el derecho del mundo a proteger a esta chica. Puede que no se case conmigo, pero una cosa es absolutamente segura; ella no se casará con usted, porque no puede ser la esposa de un asesino —dijo Hann sin perder la calma.

* * *

Sobrevino un instante de silencio. En los ojos de Bellamy había miedo y furia al mismo tiempo. Hann sonrió.

—No, evidente, no es usted el Peter Smith que me describió Bickston; bajo, medio calvo y bizco. Pero sí es el Peter Smith que compraba cintas grabadas con instrucciones sobre el crimen que debía cometer en provecho de dos personas sin escrúpulos.

—No..., no puede probar nada... —dijo Bellamy, haciendo un esfuerzo.

Hann sacó algo de su bolsillo y lo puso sobre una consola cercana.

—Es sólo una fotocopia. El original está ya en poder de la policía —dijo.

Bellamy lanzó una mirada a la copia de la fotografía tomada por Harriet Booker casi tres años antes, y palideció espantosamente.

—¿Cómo ha llegado a su poder? —preguntó.

—Me lo dijo Harriet, un minuto antes de que usted le metiera cuatro balas en el cuerpo.

—Yo estuve buscando esa maldita fotografía y no la encontré.

—No supo buscar donde debía. Pero es la prueba de que mató a su esposa, crimen del que supo zafarse, mediante una falsa coartada. Ellos le obligaban a cometer esos crímenes, amenazándole con enviar la fotografía a la policía...

—Tuve mala suerte cuando fallé con la dinamita —dijo Bellamy rabiosamente.

—Estuvo a punto de matar a su prometida —le reprochó Hann—. Pero, afortunadamente, está viva. ¿Fue usted el que puso el gas narcótico en mi casa?

—Pensé que era amigo de Harriet y que podía tener esa fotografía en su casa. Si usted dormía profundamente, yo podría registrarla sin peligro.

—Sí, pero falló y luego, desesperado, puso la dinamita y... Marvin, dígame, ¿por qué mató también a Florrie Rhine?

—Ella había descubierto el micrófono y les pidió dinero. Ellos me ordenaron que la quitase de en medio.

—¿Ellos? Yo diría más bien que fue Harriet...

—Era el cerebro, la que dirigía todo, una mujer sin entrañas... No sabe lo que disfruté cuando apretaba el gatillo —declaró Bellamy.

Janet se estremeció. «Y yo iba a casarme con este monstruo», pensó, terriblemente afligida, mientras sin darse cuenta, pasaba los brazos por delante del cuerpo del joven.

—Me lo imagino —contestó Hann—, Dígame una cosa: ¿por qué pidió prestados diez mil dólares a Janet?

Bellamy hizo una mueca.

—Pensaba contratar a dos conocidos para que secuestrasen a Harriet y la obligasen a declarar dónde había escondido la fotografía. Pero luego se echaron para atrás...

—Y ya no le devolvió el dinero.

—Tuve unos gastos imprevistos... Usted no lo entendería. Todo empezó cuando mi mujer me traicionaba con otros... Cualquiera que se lo propusiera, podía acostarse con ella sin la menor dificultad. Era

una ninfómana pervertida... Entonces, no vivíamos aquí, sino en otra casa... en las afueras...

Harriet vivía allí entonces... Confieso que perdí la cabeza... pero ella me tenía más que hartó.,

—Un buen abogado le habría conseguido una pena relativamente suave —dijo Hann con grave acento—. Hubiera pasado algunos años en la cárcel, ciertamente; el jurado no habría dejado de tener en cuenta sus argumentos. Pero lo que ha hecho después, aunque haya sido forzado, no se puede disculpar, Marvin.

—Usted no podrá hacer nada...

—Antes dije que había enviado la fotografía a la policía. No le mentía, Marvin.

Hubo un espacio de profundo silencio. De pronto, Bellamy sacó una pistola.

—No quiero hacerles daño, pero... ¡apártense! —ordenó—. ¡Vamos, quítense del paso!

Hann agarró a Janet por la cintura y se la llevó a un rincón. Bellamy se precipitó hacia la puerta y la abrió.

Un coche de patrulla llegaba en aquel momento. Stevens y Hubert desembarcaron del vehículo y vieron a Bellamy con el arma en la mano.

—¡Quieto! —gritó Stevens—. ¡Tire esa pistola!

Bellamy, enloquecido, disparó una vez. Stevens se llevó la mano al hombro y cayó al suelo.

Hubert disparó un par de veces. Bellamy abrió los brazos y cayó de espaldas en el umbral de la casa.

Janet empezó a sollozar. Hann la atrajo fuertemente contra su pecho.

—Todo ha pasado —dijo, a la vez que acariciaba su cabello—. Ya no tienes nada que temer, querida.

* * *

La dama se apeó del taxi y el conductor la siguió con un par de enormes maletas.

Cuando Clara Fremont abrió la puerta de su casa, vio salir a dos jóvenes estrechamente enlazados por el talle.

—¡Edgar! —exclamó.

—Hola, tía Clara —sonrió Hann—. De vuelta ya, ¿eh?

—Sí, ya he terminado mis vacaciones... —La señora Fremont miró inquisitivamente a la muchacha—. Oye, no es que pretenda criticarte; sé que eres joven y que necesitas... digamos un poco de diversión, pero en mi casa... sinceramente, pienso que ya es demasiado...

Hann se echó a reír.

—¿Qué te parece, Janet? —consultó.

—Tiene motivos para pensar así —sonrió la chica—. Todavía no se lo has dicho, ni siquiera me has presentado, hombre.

—Es verdad, cariño. Tía Clara, te presento a tu sobrina Janet. Nos casamos ayer,

¿sabes?

—Vaya —resopló la dama—. Eso sí que es una verdadera sorpresa... Tú no me habías dicho nada... ¿Hace mucho que la conoces?

—La conocí antes de nacer, tía. Siempre supe que Janet sería mi mujer.

—Es cierto —dijo la chica—. Me vio hace algunas semanas por primera vez y dijo que se casaría conmigo. Y creo que yo también le conocía desde antes de mi nacimiento.

—Estábamos destinados el uno para el otro, desde el principio del mundo, tía Clara.

—Bueno, si es así... no tengo nada que oponer... Por cierto, ¿ha ocurrido algo durante mi ausencia?

Hann y Janet se consultaron con la mirada unos instantes. Luego, los dos al mismo tiempo, respondieron:

—No, no ha ocurrido nada de particular, tía Clara.

—Lo celebro infinito, sobrinos.

—Salvo nuestra boda, claro —añadió el joven.

—Ahora, supongo, os vais en viaje de luna de miel...

—No, vamos a escuchar el concierto de unos amigos. Volveremos a la noche para cenar contigo, tía.

Hann empujó a la chica hacia la calle. Subieron al coche y desaparecieron en pocos instantes.

—Este es el segundo concierto de Milly & Billy. El primero resultó un éxito fenomenal, ayer precisamente —dijo Janet.

—Espero que sepan disculparnos por no haber asistido a la *première* —sonrió Hann—, Teníamos motivos para ello, ¿verdad?

Janet se acurrucó contra el cuerpo de su marido.

—Bueno, acabábamos de casarnos... Sí, serán comprensivos y nos disculparán —

respondió.

Conduciendo con la mano izquierda, Hann pasó el brazo derecho por los hombros de la chica. Al cabo de unos segundos, Janet dijo:

—Edgar, tú supiste adivinar que acabaría casándome contigo. ¿Qué nos reserva el

porvenir, ya que eres tan buen adivino?

—Lo primero, una sordera momentánea. Después del concierto de «neorock», saldremos con los tímpanos destrozados.

—¿Y después?

—Nos conocimos en el principio del mundo y seguiremos juntos hasta que se acabe

—respondió él con voz firme.

F I N